

LA LECTURA PARA TODOS.

SEMANARIO ILUSTRADO.

NOVELAS, VIAJES, LITERATURA, HISTORIA, ETC., ETC.

PRECIOS : EN MADRID.

LLEVADO A DOMICILIO.

Seis meses. 15 reales.
Un año. 28 »

Se suscribe en Madrid en la Administracion, libreria extranjera y nacional de D. Carlos Bailly-Baillere, librero de cámara de SS. MM. y de la Universidad central, calle del Principe, núm. 11.
En Provincias, en todas las librerias y administraciones de Correos.

PRECIOS : EN PROVINCIAS,

FRANCO DE PORTE.

Seis meses. 21 reales.
Un año. 38 »



Ambos marcharon juntos muy de madrugada, Mr. Cros, á caballo y M. Burlaudas á pié. (Pág. 772, columna 2.ª)

OCHO DIAS EN EL CASTILLO.

NOVELA ORIGINAL

DE FEDERICO SOULIE

TRADUCIDA POR

D. EDUARDO PERIE.

(Continuacion.— Véase el número 48).

SEGUNDA PARTE.

I.

Nuestros lectores recordarán, que Maricou acababa de contarle á Mme. Cros la historia de

su nacimiento y de su vida, y de explicarle por qué medio Farrenc, que en aquella ocasion no fué mas que el instrumento de Mariana y de Lucia de Chevalaine, habia consumado el asesinato de Maria.

Habíamos dicho tambien, que no atreviéndose á pedirle cuenta á su madre del crimen que se habia cometido, resolvió presentarse en casa de Mlle. de Chevalaine; y es necesario recordar que en el momento en que Maricou iba á continuar su narracion, fué interrumpido de pronto por un ligero golpe dado en la puerta de Mme. Cros, y por las siguientes palabras de Mr. Camilo Perrin.

— Abrid..... abrid, ó somos perdidos.

Necesitamos, pues, decir á nuestros lectores la causa de aquella interrupcion.

Cuando volvieron al castillo las personas que habian ido á visitar las landas, le dijeron á Mme. Cros, que su esposo estaba tan cansado que se habia acostado inmediatamente. Añadimos que Mme. Cros, deseando escuchar la historia de Maricou, no se habia informado de lo que le habia ocurrido á su marido, mientras los Sres. Perrin y Fernic habian opinado distintamente, quedándose en el salon del castillo para interrogar á Gros-René, que habiendo vuelto de la landa con

los demás curiosos, había visto á Mr. Cros, y sabía lo que le había pasado.

—Vamos, chico, había dicho Mr. Camilo Perrin á Gros-René: el aire marrullero con que nos has hablado del cansancio de Mr. Cros, y la prisa con que se ha retirado á su cuarto, me parece que encierran algún misterio, y nos han pasado hoy aventuras muy estrañas, para que dejemos de penetrarlo.

—La verdad, dijo Gros-René; es una cosa difícil de saberla, pero yo os diré lo que sé.

—Sobre todo no mientas, dijo Mr. Perrin, es todo lo que te pido.

—¡Pche! dijo Gros-René sonriendo, si Mr. Cros me ha mentado, tendré que mentir por fuerza.

—Puesto que te ha escogido por confidente, cuando podía callarse, ¿por qué había de mentir?

—Primeramente, porque me ha dicho que no había tenido miedo, cuando es seguro que esta malo de espanto; y la prueba es que no ha cenado.

—¡Ah! dijo Frans de Fernic; ¿habrán tratado de asustarle también?

—Vamos, sin preámbulos, repuso Mr. Perrin; ¿qué te ha dicho? ¿qué ha pasado? Porque al fin tenemos que tomar una determinación.

—¡Bueno! exclamó Gros-René: ¿también tenéis miedo? Pues es estraño en hombres de talento. A mí no me importa; pero si tuviera que vérmelas con esos tunos de bohemios, y que fuese un personaje como lo son VV., le escribiría dos letras al prefecto del partido; este enviaria una docena de sargentos de policía á las barracas; haria prender á todos esos vagabundos, y luego veriamos.....

—Mr. René, repuso Mr. Perrin, no tenemos necesidad de vuestros pareceres sino de vuestras revelaciones.

—Es que yo soy parisien, dijo Gros-René, y cuando tengo que tratar con pícaros, ni me voy por las ramas, ni hago uso de vuestros escrúpulos filantrópicos: ¡adelante el comisario de policía, con los sargentos de villa y los municipales! y nada mas..... VV. quieren trasformar esa canalla en trabajadores; pues yo digo que lo mejor que se puede hacer de ellos, son presidiarios.

—Pero, animal, le dijo Mr. Perrin, aquí no hay ni prefecto de policía, ni sargentos de villa; no hay mas municipalidad que seis gendarmes en Ribay, que está á cuatro leguas de aquí; y si esos miserables quisieran atacar el castillo, tomarlo por asalto y degollarnos, lo harian tan fácilmente como puedes coger una gallina y cortarle el cuello.

A estas palabras que Mr. Perrin pronunció con una seriedad imperturbable para concluir con las observaciones de Gros-René: éste se puso pálido como un difunto y exclamó:

—Pues entonces, ese es su plan; ¡oh Dios mio, Dios mio, vamos á ser asesinados, de seguro!

—¡Pero esplicáte, miserable! dijo Mr. Perrin con rabia, ó por mejor decir, vamos á la habitación de Mr. Cros para que nos diga la verdad.

No, no..... dijo Gros-René, me ha amenazado con echarme á la calle, si tenia la desgracia de decir una palabra.

—Pues dilo, por que si no hablas, lo pasarás peor, repuso Mr. Perrin.

Gros-René miró el reloj circunvalado de embu-

tidos de encina, que estaba al lado de la inmensa chimenea del salon, y dijo.

—No son mas que las once y media, y por lo tanto, tenemos tiempo de tomar nuestras precauciones.

—¿Pero por qué? dijo Mr. de Fernic con impaciencia.

—Allá voy, allá voy, dijo Gros-René..... ya veréis. Os voy á repetir sus mismas espresiones sin añadir ni una palabra.

Gros-René lanzó un enorme suspiro, y echó una mirada recelosa en torno suyo, mientras que Mr. Camilo Perrin decia á Mr. de Fernic en voz baja.

—No le interrumpais, y sobre todo no os burleis de él, porque conozco al perillan; y si se le pasa el miedo por poco que sea, no podremos arrancarle ni una palabra.

Entonces Gros-René principió su narracion del modo siguiente:

—Llegué al castillo pocos momentos antes que Mr. Cros, y estaba en el vestibulo cuando entró este súmamente pálido y sudando á mares: como nunca lo he visto en dicha situacion, sino cuando se pone malo, creí que tendria alguna indigestion.

—Sigueme, Gros-René, me dijo bruscamente y con voz alterada.

Tomé una cafetera, una tetera y el bote del té, y subí corriendo hasta su cuarto donde me lo encontré gesticulando como un loco.

—¿Qué significa eso? me dijo mirándome con ojos estraviados.

—Esto es para el colmado, le dije riéndome.

Algunas veces le había dado aquella broma, porque conociendo los secretos del estómago de mi señor, me permitia el que me chancease sobre el particular.

Pero se incomodó y me dijo.

—Lárgate de aquí, farsante.

Iba á retirarme cuando exclamó.

—No, quédate.

Me quedé y siguió gesticulando con los piés y con las manos, como si fuera un molino de viento, y murmurando entre dientes.

—En fin, en fin, lo he prometido.

Luego me miró, y dijo:

—El hecho es que tienes razon. Dirás que me he puesto malo, que me he acostado y que estoy durmiendo. Si viera á alguien, tendria para contar y escuchar hasta las dos de la mañana lo menos, y el negocio debe hacerse á media noche.

—¿Qué negocio? le dije, colocando todos mis títeres sobre una mesa.

—Escucha, me contestó; hay ó debe haber en el parque una puerta pequeña que da al campo.

—Todos los parques del mundo tienen puertas pequeñas, le dije.

—Pues bien, harás que te la enseñen, y cuando hayas reconocido el sitio en que se encuentra, pedirás la llave y me la traerás.

—¿Y para qué?

—Eso no te importa.

—Es que el conserge, que es guarda del cercado al mismo tiempo, no me dará dicha llave si no le esplico para quién es y para lo que se necesita.

—Es verdad, es verdad, murmuró Mr. Cros.

—Pero puedo decirle que es para V.

—Dios te libre de decir tal cosa, repuso al punto.

Luego despues reflexionó, en seguida volvió á sus gesticulaciones, y por último, me dijo en voz baja y parándose de repente.

—Vamos, arréglate, ingéniate, coge la llave, y si el negocio sale bien, te daré..... sí, te daré mil escudos.

¡Mil escudos! comprendéis que cuando no se ganan mas que ochocientos francos. y que en cinco años no se han podido imponer en la caja de ahorros mas que seis mil; ganar mil escudos en un cuarto de hora, es tentador..... Por lo tanto, le dije sin detenerme.

—¿Cómo, señor, tendré mil escudos si pesco la llave?

—¡Pche! dijo Mr. Cros; te he dicho, que si el negocio se realiza.

—¡Pero bien! ¿qué negocio es ese?

Y por tercera vez, principió á ir y venir reflexionando y balbuceando.

—Mejor seria hablar con Perrin (sí señor, eso fué lo que dijo); y luego añadió: ¡bah! se burlaria de mí.

—Como si yo no me burlara también.

—¿Cómo, dijo Mr. de Fernic, al que no le agradó la frase del ayuda de cámara. Una señal de Mr. Perrin le hizo callar; pero Gros-René añadió con un tono casi impertinente:

—Si mi modo de hablar no os agrada, no os obligo á que me escuchéis.

Otro movimiento de Mr. Perrin, hizo guardar silencio á Mr. de Fernic, y René continuó; pero asegurado ya de su terror, y soltando las palabras como un hombre que no quiere decir nada.

—Te he prometido mil escudos si el negocio se realiza; pero te planto en la calle si dices una palabra.

—¿Pero de qué?

Paf! me deja, vuelve por cuarta vez á sus paseos, y cargándome ya tanta pantomima, le dije:

—¿Quereis una taza de té á ver si con esto se os pasa la incomodidad?

Pero la escena siguió sin interrupcion, y luego me dijo: corre y búscame á Perrin..... En seguida me llama y me dice..... No, no vayas..... y luego si, anda, ves..... y despues, no, quédate y etc., etc..... En fin, parecia un loco.

—¡Pero, señor! le dije con acento suplicante, quisiera ganar los mil escudos.

—Si el negocio sale bien, sí.

—¿Pero qué negocio es ese? exclamó Mr. Perrin cuya paciencia contenida desde que escuchaba la narracion de Gros-René, se apuró al fin.

—Eso es precisamente, replicó el ayuda de cámara, lo que le pregunté á Mr. Cros; pero volvió á la tarea del manoteo diciendo: ¡qué asunto!..... ¡qué asunto!

—Pero, por último, exclamó Mr. Perrin, ¿de qué se trataba?

—No me lo ha dicho; pero lo he adivinado.

—Pero, en fin, ¿qué es lo que has adivinado, mi buen René?

Este tomó un aire majestuoso, y dijo meneando la cabeza y mostrando á Mr. de Fernic.

—No os lo puedo decir delante del señor.

—¿Y por qué? dijo Frans.

—Porque es un secreto de mi amo.

—¿No se lo vendeis á Mr. Perrin?

—Mr. Perrin es un amigo de mi amo.

—Mr. de Fernic, dijo Mr. Perrin, despues de

lo que nos ha pasado hoy, podemos pensar que la cosa puede ser grave, y tenemos que tomar nuestras precauciones.

—Os comprendo, me retiro, y os espero en mi cuarto, dijo Mr. Frans; ó bien os ruego de avisarme cuando esteis libre, porque es necesario que convengamos en los hechos relativos á la visita que os he rogado que hagais á mi primo el caballero de Chevalaine.

—¡Bueno, bueno! dijo Mr. Perrin, eso lo tendríamos que discutir, pero dentro de un momento.....

Fernic salió, y en cuanto hubo abandonado el salon, Mr. Perrin, volviéndose hácia Gros-René, le dijo:

—¡Y bien! ¿qué es lo que hay?

—Lo que hay, dijo Gros-René, es que el miedo me ha hecho hablar como un animal, y he reflexionado que lo mejor seria callarme.....

—Mr. Gros-René, sois un farsante, le dijo Mr. Perrin; por lo tanto voy á ver á vuestro amo...

Gros-René se rascó la nariz, y repuso:

—Es decir, callarme delante de Mr. de Fernic..... porque, en fin, parece que se trata de un tesoro oculto en los sótanos del Castillo, y deben mostrarle al señor el sitio donde se encuentra... sí..... sí..... ese es el negocio.

—¿Un tesoro oculto, y han escogido á Mr. Cros para comunicarle ese secreto? Mientes.

—Pues como Mr. Cros es el que lo ha dicho, el que miente es él.

—¿Y te ha escogido á ti por confidente?

—Sí señor, y os voy á decir por qué.

Es necesario bajar á abrir la puerta á los que deben enseñarle el sitio donde está, y el señor no se atreve á bajar solo, con tanta mas razon, cuanto que parece que es necesario hacer operaciones de magia para sacarlo.

—Por todos los diablos del infierno, exclamó Mr. Perrin; lo que hay en esto es un complot contra alguno de nosotros.

Esta exclamacion lanzada de repente, y las expresiones que empleó Mr. Perrin para formularla, hicieron un prodigioso efecto sobre Gros René, que dijo temblando.

—¡Señor, señor, no jureis por el diablo en este horrible castillo, porque me parece que va á salir del centro de la tierra.

—Imbécil, murmuró Mr. Perrin. Di á Mr. de Fernic que voy á verle, mientras que voy á hablar con Mr. Cros.

—Pero, señor, pensad que va á despedirme...

—¡Que el diablo cargue contigo de una vez! y haz lo que te digo..... le contestó Mr. Perrin. ¿No sabes lo que nos ha pasado en la landa despues que te volviste?

—No señor, yo no sé nada..... absolutamente nada.....

—Pues es menester que sepas que han querido enterrarme vivo.

—¿Qué decis? dijo Gros-René.

—Y que estaria aun en mi tumba, á no ser por Maricou, que es el hijo de esa mujer en cuya casa hemos comido.....

—Famosa cocinera, dijo Gros-René; es particular que una mujer de ese talento esté tan retirada.

—Pero, á propósito, tú que llegaste antes que nosotros, ¿no has notado nada?

—Nada absolutamente, á no ser una porcion

de mendigos que legaron allí, y que hablaban una jerga del otro mundo.....

—Pues es un golpe de mano que tienen preparado, y Mr. Cros ha tenido parte en él..... Ruega á Mr. de Fernic que no se acueste y que prepare sus armas.

—¡Que prepare sus armas!..... exclamó Gros-René. ¿Pero hay peligro?

Mr. Perrin salió sin contestar á Gros-René; este se quedó solo en aquel salon inmenso, y se apoderó tal espanto de él, que tomó una antorcha en una mano, cogió las tenazas de la chimenea con la otra, y salió decidido á romper el bautismo al primero que se le presentase.

II.

He aquí lo que le habia pasado á Mr. Cros. Habia salido con un agrimensor para recorrer la landa, no para conocer su estension á punto fijo, sino para juzgar aproximadamente de ella, á fin de poder hacer los cálculos de la operacion que tenia proyectada. Dicha especulacion se la habia comunicado á sus coherederos, y no era mas que el proyecto de compartir la landa de Chevalaine en acciones.

Si la landa tenia, como habian dicho, unas dos leguas y media de diámetro, calculaba que debia presentar un total de siete á ocho mil hectáreas (1), los cuales transformados en fanegas de París, formarían veinte á veinticinco mil fanegas de tierra.

Por lo tanto, creando veinte á veinticinco mil acciones, de á cien francos cada una, era evaluar la propiedad en dos millones y quinientos mil francos.

El precio era enorme, pero como se adquiria una fanega de tierra por cien francos, ¿qué parisien rehusaria el ser propietario rural por una cantidad tan mezquina, cuando en las calles de París se evalúa una toesa de terreno en cuatro mil francos, y en los arrabales de la capital vale cada fanega de tierra de cuatro á seis mil?

Además, la landa, con los pedazos de terreno cultivado que contenia y las miserables baracas que estaban diseminadas en su recinto, podría valer unos cien mil francos á lo sumo. En cuyo caso, Mr. Cros, que heredaba por su mujer la quinta parte de los bienes de Mr. de Chevalaine, la elevaba por este medio á quinientos mil francos; lo que merecia el hacer un viaje tan corto y ensayar una combinacion.

No debemos olvidar que la ausencia de uno solo de los herederos de Mr. de Chevalaine, en el dia fijado para la apertura del testamento, anulaba aquel acto que encerraba la última voluntad del difunto; y Mr. Cros se proponia usar de dicha facultad, en representacion de su mujer, para que la particion, haciéndose segun las leyes, la landa consabida fuera la propiedad de los herederos naturales, con los que se pondria de acuerdo para llevar á efecto su plan.

Tal vez se crea que para conseguir su intento le hubiera sido mas facil el comprar la landa y hacer la operacion por sí solo; pero nuestro especulador conocia el buen efecto que haria en el público parisien una asociacion en la que figuraran los nombres de Lorenzo de Chevalaine,

(1) Cada hectárea tiene cien áreas, ó sean diez mil metros cuadrados.

(Nota del Traductor).

que se trasformaria en un agrónomo de primer orden; el de Mr. de Chevalaine, cura de Magname, en un pastor filántropo y amigo del progreso, y el de Mme. la condesa de Fernic, en una viuda virtuosa y protectora de todas las empresas religiosas y benéficas; y animados todos estos individuos de un inmenso amor por la humanidad y del deseo de establecer, ó por mejor decir, de fomentar en Francia una de esas vastas explotaciones rurales que han trasformado la agricultura inglesa en una riqueza nacional, con la cual no pueden luchar, ni la estension, ni la fecundidad del terreno, etc., etc.

El prospecto de Mr. Cros estaba, pues, compuesto con los elementos que acabamos de citar; y se prometia que una vez que estuviera creada la asociacion, podría emitir poco á poco las cinco mil acciones de que seria portador; y si el asunto salia bien, y las acciones se cotizaban en la bolsa con prima fija, se prometia el poder negociar la mayor parte de las acciones de sus coasociados, que no desearian mas que el poderse las ceder á cien francos y aun á ochenta, y apretándolos un poco hasta á sesenta, porque de todos modos realizaban un enorme beneficio.

Esta era la parte mas honorífica de la especulacion de Mr. Cros; pero se habia reservado un recurso de muy diferente indole, y que no habia confiado á nadie. Hélo aquí:

En el acta de asociacion debia decirse que la mitad del capital se emplearia en edificar alquerias, máquinas, fábricas, molinos, etc., etc., y todo esto á medida que los fondos fueran entrando.

Para establecer este magnífico establecimiento, decia el acta proyectada, que cada suscriptor entregaria á la caja social la cantidad de diez francos anuales por accion para sufragar los gastos de explotacion durante cinco años; lo que formaria una suma de un millon y doscientos cincuenta mil francos, gastados en mejoras, construcciones, contribucion, etc., etc.

Mr. Cros habia contado con la confusion que harian los provincianos entre los suscriptores de acciones y los tenedores de casas, y habia arreglado las cosas del modo siguiente:

Para evitar cualquiera duda en el momento de transferir una accion de cien francos, el suscriptor primitivo deberia depositar en la caja social el total de las anualidades que hubiera debido pagar en cinco años.

El tenedor quedaba, pues, libre de toda obligacion.

Y si el suscriptor conservaba su accion, estaba obligado á hacer el pago anual.

Bajo estas bases, Mr. Cros decia para sus adentros:

Si el asunto marcha bien, vendo mis acciones, se las hago vender á mis coasociados; hago un beneficio enorme; y ¡quién sabe, si gastando un millon y doscientos cincuenta mil francos en esta landa, puede hacerse un negocio que presente al fin y al cabo un aspecto tan digno como honroso! Si, al contrario, las acciones no tienen ningun curso..... y que no salgan, por lo tanto, de nuestras manos, pago mi primer dividendo y obligo á mis asociados á que hagan otro tanto.

Esto nos hará á cada uno un desembolso de cincuenta mil francos anuales, y cuando calculen que en cinco años tendrán que gastar doscientos

cincuenta mil francos de su fortuna particular, seré muy desgraciado si no transigen conmigo para obtener la abolicion del acta social, dejándome, sin embargo, todas las acciones, y pagándome, además de esto, las pérdidas que haya sufrido, lo cual debatirémos entonces.

Hé aquí los planes de Mr. Cros; ahora solo nos falta decir el cómo Mr. Perrin, que era un hombre de bien, se había mezclado en dicho asunto.

No había visto en él mas que un establecimiento agrícola en grandes dimensiones, y uno de los sueños de Mr. Perrin, era el dar á la agricultura un impulso poderoso, probando patentemente, que el sistema de asociacion podia aplicarse á dicha industria, que es la madre de las demás.

Pero nos apercebimos de que nos hemos ocupado lo suficiente de los asuntos de Mr. Cros, y vamos á proseguir nuestra narracion.

Nos tomanos la libertad de contar lo que le había sucedido al honrado banquero, porque, lo mismo que á Gros-René, nos ha parecido muy ambiguo el modo con que se había explicado dicho señor.

Mr. Cros había salido del castillo muy temprano, en compañía de un agrimensor que había levantado en otro tiempo, para Mr. de Chevallaine, un plano de la landa; el cual queria darle á conocer á Mr. Cros los principales puntos de su trabajo. Por lo tanto, necesario es que demos á conocer á nuestros lectores este nuevo personaje.

Era un hombre hasta ignorante, si se quiere, porque la miseria le había obligado á poner en práctica lo poco que había aprendido, apenas pudo sacar alguna cosa de su instruccion.

Desde el dia en que supo bastante geometria para poder levantar un plano, se había ejercitado en dicho trabajo para ganar su subsistencia; y como las necesidades de la vida habían sido siempre las mismas, se detuvo en el principio de su carrera, y lo mismo sabia despues de treinta y tantos años de ejercicio, que el dia en que principió: solo que se había adiestrado tanto, que operaba con maravillosa rapidez, y hacia de memoria los cálculos mas complicados.

Este individuo tenia un nombre singular; se llamaba Burlaudas, y recuerdo que la primera vez que lo vi, me llamó la atencion lo raro de su persona: tenia mas de seis piés de altura; y aunque era delgado, sus formas eran tan huesosas y potentes, que se le veia siempre de medio lado, anunciando una fuerza hercúlea. Sus miembros eran desproporcionados, sus piés anchos y chatos, sus manos enormes, su cabeza monstruosa e iluminada por dos relucientes ojos, y su boca tan grande que hubiera podido pasar por ella el ala de un pollo sin hacer el menor esfuerzo.

A pesar de su feroz apariencia, Burlaudas era el hombre mas humilde que se puede imaginar. Infatigable, complaciente, y sin que hubiera nada en el mundo que le hiciera perder su angelical paciencia.

Se había casado á una edad algo avanzada, lo que no le impedía el que tuviera once hijos, de los cuales el mayor apenas contaba quince años. Y aunque había tenido que alimentar y educar á tan numerosa prole con el mezquino producto de su industria, el valor de aquel hombre no se desmintió en su vida, cubriendo sus obligaciones con una constancia admirable.

Muchas veces, cuando concluía por las noches sus rudos trabajos, que lo habían tenido todo el dia, ora bajo los rayos de un sol abrasador, ó soportando la frialdad de la lluvia, y se encontraba á un viajero que no sabia bien su camino, se ofrecia á guiarle; y si al cabo de la marcha le daban una moneda, por muy mezquina que fuese, la tomaba sin desplegar sus labios; pero algunas veces derramaba lágrimas de amargura al ver la miseria en que vivia, obligándole á que recibiera aquella limosna tan preciosa para él.

He conocido á ese pobre Burlaudas, y he trabajado con él mucho tiempo, siendo muy jóven aun, mientras que él contaba ya cincuenta años; y en nuestras largas escursiones, le daba de comer muy á menudo en las posadas que encontrábamos en nuestro camino.

Al pronto su voracidad era admirable: mas bien que comer devoraba; pero cuando llegaba el segundo ó el tercer plato, y algunas veces el cuarto, se quedaba pensativo y dejaba de comer.... Miraba tan dolorosamente á aquellos manjares que se llevaban algunas veces sin haberlos tocado, que ahora pienso que aquella mirada significaba la pena que le daba de no poderse los llevar á su familia; mientras que yo, con esa indolencia de la juventud que no comprende nada, destrozaba el corazon de aquel infeliz, diciéndole alegremente:

—¡Comed, Burlaudas! bebed sin miedo!.... ¿En qué diablos estais pensando?

—En nada, me decia con sordo y tembloroso acento: pedia un gran vaso de aguardiente y se lo bebia de un trago.... Entonces se apoderaba de él una alegría singular, y me contaba todas las historias del país; pues las tenia todas en las puntas de los dedos como suele decirse, con las que entretenia á sus hijos.

Con este motivo le contestó un dia al cura de la aldea, que le reprendia porque les contaba cuentos de duendes y de aparecidos, lo siguiente:

—Señor cura, ¿qué quereis que haga? Cuando les he dado todo el pan que hay en casa, los entretengo con eso para que no me pidan mas. Tal era el compañero de Mr. Cros, el rico banquero y el especulador sin piedad.

Por la mañana muy temprano, habían salido juntos, solo que Mr. Cros iba á caballo, mientras que Burlaudas le acompañaba á pié; y aunque la escabrosidad del terreno no hubiera cortado el paso de la cabalgadura de Mr. Cros, le hubiese seguido infatigablemente; pues tenia ese paso métrico que caracteriza á los buhoneros. Esta era una de las singularidades de Burlaudas; porque tenia dos pasos: el uno grande, de tres piés de largo, y el otro pequeño, de dos piés exactos; de otro modo no podia andar. Esto le servia de medida, y siendo de una exactitud sorprendente, tenia en si mismo uno de los instrumentos de su ocupacion. Es decir, que se había transformado en compás para acelerar su trabajo, y ganar de este modo algunos maravedises mas para su familia. Era, en fin, un hombre tan apreciable como honrado.

Mr. Cros juzgó que Burlaudas podia suministrarle los datos necesarios, no para llevar á cabo su empresa, sino para poder hablar de ella, como si la hubiera estudiado profundamente. Pues habiendo confeccionado, por decirlo así, la parte

moral de ella, queria formular tambien un prospecto técnico.

Por lo tanto, supo que la landa la atravesaban dos senderos que se cruzaban en medio de ella, y que conducian el uno á un bosque por el cual pasaba la carretera de Mans, y el otro á un camino que desembocaba en la de Alençon.

Dichos senderos los trasformaba Mr. Cros en dos magnificas vias de comunicacion, que unian la propiedad que queria fundar á dos de las ciudades mas comerciales de la Francia.

Una balsa que recogia las aguas pluviales que se deslizaban al través de aquel terreno inculto, la trasformaba en un lago; algunas pequeñas eminencias esparcidas por la landa, la trasformaban en colinas llenas de árboles, y todo á este tenor.

Burlaudas contestaba con la mejor buena fé á las cuestiones de Mr. Cros, y no cesaba de inculcar en él sus disposiciones bienhechoras.

—Si señor, le decia, todavía quedan en la landa bastantes trozos de terreno que podrian producir fácilmente si los habitantes de las barracas no estuvieran en ella. Pero ¿cómo queréis que un labrador venga á sembrar su trigo negro ó sus patatas en este desierto, para que un dia encuentre cogida su cosecha, sin saber cómo ni cuándo?

—Ya arreglarémos eso, le contestaba el banquero, edificarémos alquerias, pondrémos cercas y plantarémos árboles.

—Ya; pero será necesario guardarlos hasta que esten criados, sin lo cual, los habitantes de las barracas los arrancarán para calentarse en el invierno.

Mr. Cros le contestaba entonces que le pediria dos ó tres brigadas de gendarmes al ministro del Interior, y en seguida pasaba á otros proyectos. Pero á todos ellos oponia el buen Burlaudas el mismo inconveniente: los moradores de las barracas.

—Por último, le contestó el banquero, no son diablos, y ya se les hará entender la razon.

—En cuanto á diablos precisamente, repuso Burlaudas con una sonrisa modesta, no creo que lo sean... La educacion que me han dado mis padres, aunque muy sucinta, no me permite creer esas necedades... Pero en cuanto á estar vendidos al diablo, y que sean hechiceros y malhechores... no me atreveria á negarlo bajo juramento.

Mr. Cros miró á Burlaudas con ese aplomo insolente del hombre que no cree en nada, lo que es seguramente mas detestable que la mas ignorante credulidad, alimentada de ilusiones y quimeras.

—¿Qué estais diciendo, amigo mio? le dijo Mr. Cros. ¿Hombres vendidos á Satanás y hechiceros?... ¿Os burlais de mí?

—Señor, no acostumbro á hacerlo con nadie, le contestó humildemente Burlaudas; pero he visto cosas, que los sabios mas sabios de Paris no podrian darse cuenta de ellas sin la intervencion de un poder sobrenatural.

—¿Y qué es lo que habeis visto? le dijo Mr. Cros.

—En cuanto á eso, es inútil que os lo diga, caballero; porque hay cosas que no se deben decir en estos sitios, pues nos encontramos justamente en medio de la landa y casi al lado de la casa Roja.

—¡La casa Roja! dijo Mr. Cros; comprendo;

ciertamente, que habreis visto cosas sobrenaturales, si veis por aquí una casa roja.

—No me comprendéis, señor, prosiguió el agrimensor sin abandonar su inalterable humildad: la casa Roja no es una casa; es una piedra que cubre la sepultura de un habitante de las barracas, que hace treinta años lo guillotinaron en Alençon por haber asesinado á un viajero.

—Entonces fué una justicia bien hecha.

—Ciertamente que fué justa, repuso Burlaudas; pero mas hubiera valido que no le hubieran matado.

—¿Qué decís? murmuró Mr. Cros.

—¿Sabeis lo que pasó? añadió Burlaudas. Pues los habitantes de estos lugares fueron en busca del cadáver del ajusticiado al cementerio de Alençon, se lo trajeron, lo enterraron en este sitio, y colocaron sobre la fosa una piedra roja que no pueden menear ni veinte hombres reunidos. Y nadie sabe, ni de dónde proviene, ni cómo la han traído, pues no existen piedras de tal magnitud y color, ni en la landa, ni en sus alrededores.

—Corriente, puesto que está aquí, que se quede, dijo Mr. Cros, con el acento de un hombre que se siente subyugado, á pesar suyo, por un sentimiento repulsivo al saber que está junto á la tumba de un malhechor.

—Pero esto no es nada aun, caballero, y si no ya veréis. Parece que el verdugo habia vendido la cabeza del reo á un cirujano, de modo que sus cohermanos no pudieron traerse mas que el cuerpo sin cabeza, por lo que se encuentra algunas veces el espectro del desgraciado que recorre la landa sin girar á derecha ni á izquierda, y que, parándose ante los viajeros, les dice: «¡Dadme mi cabeza!»

A aquellas palabras, que Burlaudas pronunció con voz sepulcral y con un espanto visible, Mr. Cros palideció.

Era la hora del medio día, y por lo tanto, ningun fulgor de la noche ó del crepúsculo podia prestarle á dicha narracion el prestigio de su misterio. Sin embargo, aquel desierto tan inmenso, en el cual se perdía la mirada sin divisar su confín lejano, pero que estaba cubierto de retamales, de entre los cuales podia salir á cada momento aquella aparicion amenazadora, tenia en sí el germen de un terror incomprensible; y Mr. Cros, que se creía feliz siendo superior á las creencias y á las supersticiones vulgares de la plebe ignorante, sintió un espanto que no pudo dominar, y el cual se trasformó en un terror verdadero, cuando al volver la espalda á su compañero para ocultar su palidez, se encontró cara á cara con un hombre que llevaba enteramente cubierto el semblante con su capa, no viéndosele mas que la punta de un gorro colorado, que es con lo que acostumbran cubrirse los habitantes de aquel país.

Aquella compostura, que Mr. Cros la hubiera reconocido al momento poco antes, se le figuró que era la aparicion del hombre sin cabeza, cuyo tronco chorreaba sangre gota á gota, pues estaba bajo el imperio de la narracion que le habia referido Burlaudas.

La impresion fué tan violenta, que el banquero lanzó un grito terrible, y sin el socorro del agrimensor, que era tan alto como Mr. Cros á caballo este se hubiera caído irremisiblemente.

III.

Dicho encuentro, que tanto aterró á Mr. Cros, dejó á Burlaudas tan tranquilo como antes, porque reconoció inmediatamente al individuo que se les presentaba tan de improviso, y que al grito del banquero se habia desembozado, presentando una fisonomía escualida y macilenta.

—¡El diablo cargue con este país! exclamó el banquero reponiéndose de su terror. Me ha dado en los riñones un dolor de reuma tan agudo, que por poco me caigo del caballo.

Lo que tenian de comun el reuma y el país, es lo que le hubiera sido difícil á Mr. Cros de explicárselo; pero necesitaba encontrar un pretexto que disfrazara el miedo que habia tenido, y no habia encontrado otro mas adecuado en aquel momento.

Mr. Cros no tenia una inteligencia superior, ni tampoco la mejor presencia de espíritu, lo que son dos cosas muy distintas. Hay personas muy instruidas y hasta superiores, que al día despues de haberles dicho tal ó cual cosa, encuentran una contestacion adecuada: y estos escriben algunas veces con elegancia, con talento y oportunidad. Pero las hay que son estúpidas mientras viven, y el banquero pertenecía á esta última especie.

Sin embargo, estaba muy lejos de conocerlo, y creyendo que debia mostrar lo distante que estaba de creer en las necias convicciones de Burlaudas, le dijo con su habitual incredulidad:

—Amigo mio, vuestra historia no tiene mas que un inconveniente, y es que si el aparecido no tiene cabeza, puesto que se la cortaron, ¿cómo quereis que pueda decirle al primero que se encuentre: «¡Dadme mi cabeza!» si no tiene lengua.

La bondad y el talento del agrimensor se quedaron confundidos ante una observacion tan justa; y repuso con su imperturbable dulzura:

—Teneis razon, señor, no habia pensado en ello. En efecto, ¿cómo puede decir, dadme la cabeza, puesto que no teniéndola, le es imposible el hablar?

—Es ventrílocuo, dijo con acento grave el hombre que se habia detenido para observar á los dos viajeros.

El sonido de aquella voz, y sobre todo la palabra que empleó para contestarle, y que no pertenecía al diccionario de aquellas gentes, chocaron á Mr. Cros, y le dijo:

—¿Lo conocias tú?

—Los habitantes de las barracas se conocen todos, contestó el campesino.

—¡Ah! ¿Eres tú, Brigaut? le dijo Burlaudas... ¿Desde cuándo por acá?

—Desde que han venido individuos que quieren apoderarse de la landa.

—¿Qué dice ese bergante? exclamó Mr. Cros, que no pudo dejar de comprender que aquellas palabras iban dirigidas á él, notando el gesto que hizo al pronunciarlas. ¿Se han figurado que se me intimida con amenazas?

El semblante amenazador del mendigo (pues Brigaut lo parecía), perdió toda su ferocidad instantáneamente, y con la mayor humildad del mundo, se quitó su gorro de lana, descubrió su cabeza, poblada con unos cabellos tan negros como el ébano, y repuso en tono suplicante:

—Señor, dadme siquiera una pieza de doce

sueños, que no es mucho en recompensa de la advertencia que tengo que haceros.

—¿Y qué advertencia es esa?

—El que no paseis de aquí.... porque las aliagas no son muy seguras para los parisienses.

Mr. Cros se alarmó extraordinariamente; pero Burlaudas le dijo al momento:

—Vamos, Brigaut, para los que no desean mas que vuestro bien, no debe haber peligro en la landa.

El mendigo estuvo reflexionando, al parecer, largo rato, conociéndose en su fisonomía que dudaba en contestar; pero, por último, dirigiéndose á Mr. Cros, le dijo:

—Si os atrevierais á acompañarme á un cuarto de legua de aquí, tal vez pudiéramos entendernos.

—¿A dónde quieres conducir al señor? repuso Burlaudas con severidad.

—A la Cruz de Hierro.

—Aunque la cruz fuera de oro, os aseguro que no iria, porque tengo otras cosas que hacer.

—Tal vez la hayais nombrado por su nombre sin saberlo, repuso Brigaut, porque si os decidís á venir, os aseguro que será de oro para vos.

—¿Te se figura que tengo miedo? dijo el banquero.

Una significativa sonrisa apareció por un momento en los labios del mendigo, y repuso dándole vueltas á su gorro con una estupidez afectada:

—Señor, no pienso tal cosa; pues hay personas que se enrojecen de cólera, y otras que se ponen pálidas de bravura: vos perteneceréis sin duda á estos últimos.

El banquero no era tan estúpido que no comprendiese el epigrama del mendigo, y adivinase que no era un campesino vulgar.

—Mr. Burlaudas, repuso entonces con aire pretencioso, continuemos nuestro camino.

—No hagais tal cosa, Burlaudas, le dijo Brigaut. Nadie os quiere mal en la landa, á pesar de que habeis venido á medirla y á contar las casas que contiene, porque sabemos que teneis once hijos que mantener.... y es necesario que cada cual se busque la vida. Pero hoy es distinto.... No hagais tal cosa.

Burlaudas se detuvo como si lo hubieran clavado en su puesto, mientras que Mr. Cros, aprovechándose de su irresolucion, le dijo para hacer alarde de un valor que no tenia:

—Vamos, en marcha....

—Señor, continuad solo si quereis; en cuanto á mí, no daré ni un paso mas.

—¿Pero cómo quereis que siga mi camino sin guía? repuso Mr. Cros.

—Yo me brindo á serlo, le dijo Brigaut.

—¿Vos?

—Y podeis fiaros de él, repuso Burlaudas, si os jura uniendo sus pulgares á los vuestros que no os acontecerá ninguna desgracia.

—Pues le juro que si quiere seguirme, sabrá cosas que le interesan.

—¿No podeis decirmelas aquí? repuso Mr. Cros, que no queria ceder al terror; pero que hubiera deseado estar de vuelta en el castillo.

—Sí señor, puedo deciroslo aquí, pero no delante del agrimensor.

—¡Oh! en cuanto á mí, dijo el buen hombre

con la mayor ingenuidad, no soy curioso, y por lo tanto, me retiro.

—¿Pero á dónde vais? le gritó Mr. Cros: ¿cómo diablos quereis que vuelva al castillo si me dejais solo?

Burlaudas, que habia dado ya cuatro pasos para alejarse, volvió á colocarse al lado de Mr. Cros sin hablar palabra. El banquero repuso entonces:

—Vamos á ver, buen hombre, concluyamos de una vez, ¿qué quereis de mí?

(Se continuará).

LA HIJA DE ANTONIO PEREZ

NOVELA HISTÓRICA ORIGINAL

DE D. PEDRO ESCAMILLA.

(Continuac.—Véase el n.º 48).

—Si me hicierais un favor, la dijo D. Juan bajando lentamente las gradas del templo.

—Un favor, preguntó la jóven deteniéndose.

—Si tal, contestó el galan, aceptar mi compañía hasta donde os dirijais; tengo que hablaros de un asunto.

—No puede ser, caballero, dijo la niña ruborizándose.

—¿Temeis enojar á algun galan?

—¿Qué os importa?

—Me alegraria saberlo.....

—Y bien, ¿qué hariais?

—Buscar á ese hombre y matarle.

—¡Jesus! exclamó la niña soltando una estrepitosa carcajada.

—¿Y por qué tan fiero?

—Porque os amo.

—¿Me amais casi sin conocerme?

—Me basta haberos visto una vez para no olvidaros jamás.

—Vaya, caballero, retiraos; no es á ningun galan á quien enojaria si con vos me viesen.

—Entonces tanto mejor; si hasta aquí no le habeis tenido, desde este momento lo soy vuestro.

La niña volvió á ruborizarse: D. Juan, conociendo sus ventajas, se obstinó, y quedaron citados para el dia siguiente.

Inés, que así se llamaba, le abrió su corazon: dijole que tenia prometida su fé á un tal Jacobo, guapo mozo, que servia en Flandes en los tercios castellanos.

Por lo demás, ella era de muy buena familia: su hermano desempeñaba una plaza de sacristan en santa María, y un tio suyo era canónigo de la catedral de Toledo.

D. Juan pasó por lo del sacristan y el canónigo; pero en cuanto al prometido esposo se permitió entrar en algunas consideraciones, que concluyeron por rendir á la muchacha.

Además, D. Juan no perdía el tiempo.

Inés servia en clase de doncella á doña Ana de la Cerda, princesa de Eboli, que, como no ignoran nuestros lectores, ejercia no poca influencia en la córte de Felipe II.

De todo esto resultó que al mes trabajaba don Juan en el despacho de Antonio Perez, quien ejercia tambien alguna en el ánimo de la mencionada princesa de Eboli.

Antonio Perez, hombre inteligente en los re-

sortes del corazon humano, descubrió en D. Juan un carácter á propósito para cierta clase de intrigas, muy en boga en aquel tiempo; porque el fondo de aquel caracter le constituia una ambicion sin limites y gran fuerza de voluntad.

Dióle algunas comisiones en asuntos personales, que desempeñó con un resultado favorable y un tacto especial.

D. Juan ascendía notablemente en el puesto que desempeñaba cerca de D. Antonio Perez, y hasta llegó á ser el alma de sus negocios.

Y naturalmente, todo lo que favorecia á su ambicion, era en menoscabo de su amor.

Inés se desesperaba sin conseguir gran cosa.

¿Qué era ya la muchacha para un hombre que se trataba con las damas de alta alcurnia y los favoritos del rey?

Un dia tuvo aquella la debilidad de confesarle su estado escepcional.

Estaba en cinta.

D. Juan quiso echarla de su casa, y aun la amenazó con medidas violentas si llegaba á tener la osadía de hablarle.

Aconteció por entonces que una noche, en cierta hosteria que ya conocen nuestros lectores, y de donde era D. Juan parroquiano desde que llegó á Madrid, se topó de manos á boca con Isaac, que desocupaba una botella en compañía de otro hombre.

Aquel individuo era el novio de Inés, que acababa de llegar de Flandes, y que por Lopez el sacristan supo el desaguisado cometido con su prometida por un caballero de la córte, llamado D. Juan de Mondejar.

Este conoció inmediatamente al judío y se acercó á la mesa.

Isaac no tardó en reconocerle tambien.

—Vos sois D. Juan de Mondejar, dijo Isaac quitándose la gorra.

—¡Pardiez! exclamó D. Juan, y tú eres.....

—Basta, no prosigais, le interrumpió Isaac tímido como siempre; veo que me habeis reconocido.

Entonces D. Juan se le acercó.

—¿Y el niño?

Isaac palideció.

—En mi casa: cuando querais honrarme, vereis una hermosa doncella.....

Durante esta secreta conversacion, el personaje que acompañaba á Isaac, estuvo observando atentamente á D. Juan, y despues que este se despidió del hebreo, se le acercó cortesmente invitándole á salir fuera de la hosteria.

—¿Qué me quereis, señor mio? le preguntó D. Juan con altivez al ver el modesto ropaje que usaba su interlocutor.

—¿Conoceis á una muchacha llamada Inés, que sirve en casa de la princesa de Eboli? interrogó este.

—Hace algun tiempo tuve ocasion de tratar á una corre-calles, á quien convienen las señas que me habeis dado.

—¿No la oisteis decir alguna vez que tenia prometida su mano á un soldado de Flandes?

—¿Y qué os importa? ¡Pardiez!..... interrumpió D. Juan cansado de aquel interrogatorio.

—¡Ira de Dios! qué me importa, decís, cuando soy el amante en cuestion, que al llegar á Madrid se la encuentra deshonorada!

—Vaya, buen hombre, tomad para que refres-

queis pues falta os hace, le dijo D. Juan ofreciéndole unas monedas.

Jacobo por única contestacion tiró de la espada que pendia de su cintura, y arremetió á D. Juan en ocasion en que pasaba una ronda.

—¡Prendedle! gritó aquel al alcalde que era amigo.

Y Jacobo, despues de pasar tres meses en la cárcel, salió desterrado para Segovia.

En este tiempo, D. Juan habia visitado diferentes veces al judío, que le prestaba grandes cantidades á cuenta de su discrecion.

Y durante estas visitas se enamoró de Lia que pasaba por hija del hebreo.

La hermosa niña no sabia el secreto de su nacimiento.

Pero D. Juan habia tropezado en casa de Isaac con un terrible antagonista.

Terrible por lo mismo que el caballero apenas se fijaba en él, y no apreciando sus fuerzas, no podia prevenir los efectos de su animadversion.

Este personaje era Martin, el pobre loco, que hablaba de tantas cosas incoherentes.

A quien la luna contaba lindas consejas.

A quien acariciaba la brisa de la noche con sus alas de sílfide.

Y á quien se confiaba la dama negra para ver á la doncella de los cabellos de oro.

D. Juan no hacia caso de semejante criatura, porque una idea le atormentaba en su mente desde que vió á Lia.

Y la mente del caballero era muy tenaz en punto á perder las ideas que por ella pasaban.

Era, pues, un pensamiento de primer orden, el filon de una mina que pensaba explotar en su provecho, acaso la cúspide de su improvisada fortuna, hija del crimen, y en el crimen cimentada.

Isaac le contó la historia de la jóven que sucumbió al filo de su daga.

El judío y el caballero eran ya escelentes amigos, como pueden serlo un gato y un raton.

Solamente que algunas veces el gato sacaba las uñas y arañaba algunos escudos de la bolsa del judío.

Este acompañaba una noche á D. Juan en direccion de la morada de la princesa de Eboli.

Era una noche de luna.

En el camino se encontraron á un caballero que salia al parecer de dicha casa, y que al reconocer á D. Juan, le habló en secreto breves momentos, separándose de él en seguida.

El judío al verle recató el rostro y empezó á temblar.

—¿Qué diablos teneis? le dijo D. Juan luego que se hubo despedido del caballero y viendo la palidez del hebreo.

—¿Quién es ese hombre? le preguntó con voz trémula de emocion.

—Ese caballero que acaba de hablar conmigo, es ni mas ni menos que mi patrono y protector Antonio Perez.

—¿El favorito del Rey?

—Justamente, ¿pero qué os importa que sea Juan ó sea Diego?

—Ese hombre, continuó Isaac con voz débil y acercándose al oido del caballero es el padre de Lia.

D. Juan dió un salto hácia atrás y se quedó meditando.

Luego despidió á Isaac y se retiró.

Dióse tan buena maña con Antonio Perez que á los dos meses de esta aventura salia comisionado por este con direccion á Búrgos para descubrir el paradero de Lia.

D. Juan no pasó de Valdemoro.

Allí supo casualmente la circunstancia del medallón y regresó á Madrid, procurando no ser descubierto en la noche en que da principio nuestra historia.

Ya sabemos lo que aconteció luego en el átrio de san Andrés frente á la hosteria del compadre Rojo.

III.

ANTONIO PEREZ.

Antonio Perez, secretario de Estado, y favorito, cuanto un hombre podia serlo, de Felipe II, vivia en 1578 en la plazuela del Cordon, casa del mismo nombre.

El edificio, como la mayor parte de los de la época, era vasto y estenso, componiéndose de dos pisos.

En medio de la fachada principal se abria una puerta de madera toscamente trabajada, con gruesos clavos de hierro y un pesado aldabón. Entrando á la derecha, habia una escalera con anchas mesetas, carcomidos peldaños, y una imagen de la Concepcion, ante la cual ardia constantemente una lámpara de plata, que la piedad de los dueños de la casa consagraba á la augusta señora.

El piso principal era una mezcla de habitaciones sin orden ni concierto diseminadas, vastos salones, atajados por pasillos estrechos, á quienes cortaba, á su vez, una galeria con pequeños retretes como celdas en el claústro de un convento, y todo este conjunto parecia mas bien el capricho de un arquitecto loco.

Los propietarios de nuestros dias han dado en el extremo opuesto, lo cual ha sido causa de que la numeración de una calle haya tomado las colosales proporciones de lo que en matemáticas se llama infinito.

Así es que en los tiempos de nuestra historia no hubiera creído Antonio Perez que en un salon de los que él ocupaba, pudieran vivir quince familias, incluyendo los criados, sin perder la facultad de andar.

Bien es verdad que entonces no se creeria en muchas cosas que para nosotros son artículos de fé.

Eran las ocho de la mañana, y el favorito trabajaba en su despacho con su secretario.

Paseándose por la habitacion con reposado continente, dictaba con voz cortada y breve una carta de su correspondencia particular.

Antonio Perez tenia á la sazón cuarenta años.

Su estatura era mediana, pero bien proporcionada, y en sus movimientos y ademanes se descubria cierto barniz aristocrático y distinguido, aunque sin afectacion ni estudio.

Su ancha y hermosa frente sombreada por una oscura cabellera plegaba imperceptiblemente la delgada piel, indicando al observador que una idea tenaz se anidaba en aquellas arrugas, y que muchas horas de vigilia, al pasar por una cabeza tan vigorosamente organizada, habian marcado en ella su estela de meditacion y estudio. Sus ojos pardos, de mirada escrutadora, eran vivos

y chispeantes como el relámpago algunas veces, y otras serenos como la mar en calma.

Llevaba bigote y perilla, por donde se veian asomar cuando hablaba ó reia, unos dientes pequeños y blancos, que brillaban como gotas de rocío entre la yerba.

Su traje consistia en una ropilla de terciopelo negro con mangas acuchilladas de raso, y en el cuello y puños finisimo encaje de Flandes. Un calzon ajustado delineaba la elegante curva de su bien torneada pierna, y calzaba un zapato de charol con cintas de raso y una pequeña hebilla de plata.

Su rostro estaba triste en aquel momento.

La estrella del favorito, antes radiante y luminosa, iba perdiendo su brillo deslumbrador, para eclipsarse en el horizonte de su vida política. Los nubarrones que empezaron á formarse á causa del asesinato de Juan de Escobedo, verificado un año antes, iban tomando cuerpo de día en día, y la tormenta amenazaba estallar de un momento á otro, arrastrando en su furia la privanza y aun la vida de Antonio Perez.

Ya hemos dicho antes que se paseaba dictando una carta.

En el testero principal del aposento habia un retrato de cuerpo entero de D. Alvaro de Luna.

Ante él se detenia algunas veces; le contemplaba en silencio, y despues, pasando su blanca mano por la frente como para desechar una idea importuna, volvía á continuar su interrumpido paseo, sonriendo tristemente.

—¿Habeis concluido? preguntó á su secretario con imperioso acento.

—Sí señor, ya está corriente contestó este con humildad.

—Leed ahora y firmaré.

Antonio Perez se acercó á la mesa.

Su secretario se puso en pié, cogió la carta y leyó:

«Amigo D. Juan: hace dias que no sé de vos; contestad á esta sin pérdida de tiempo, diciéndome lo que hayais averiguado sobre el asunto de Búrgos, si se puede confiar al papel; de cualquier modo, no demoreis una entrevista que tanto desea

»Vuestro, etc.»

—Está bien, dadme la pluma.

Despues que hubo firmado, sin sentarse volvió á seguir paseándose.

—Podeis continuar la memoria sobre los asuntos de Flandes, le dijo á su secretario; quiero presentarla hoy mismo á S. M.

En este momento se presentó un criado á la puerta de la habitacion, é inclinándose respetuosamente en el dintel, esperó á que su señor le interrogase.

—¿Qué hay? preguntó este sin volver la cabeza.

—Un hombre quiere hablar á V. E.

—¿No os he dicho que no quiero recibir á nadie?

—Esa misma observacion le he hecho, señor; pero ha insistido tanto en ello ponderando la urgencia del asunto, que no me he atrevido á....

—Bien está, interrumpió Antonio Perez, ¿y quién es ese hombre?

—No ha querido decir su nombre, pretestando que es desconocido para V. E.; por su traje parece un hombre del pueblo.

El favorito reflexionó un momento, y despues, volviéndose hacia el criado:

—Que pase, dijo.

El criado se retiró.

Antonio Perez ocupó un sillón, preparándose para recibir al desconocido.

Pocos minutos trascurrieron cuando se presentó este en el aposento, haciendo una reverente cortesía antes de entrar en él.

—Adelante, le dijo Antonio Perez.

El desconocido avanzó.

Era Lopez, el sacristan de santa María, que con un hábil pretesto de estudiante embustero abandonó aquel dia las obligaciones de su cargo.

—¿De qué asunto tan urgente venis á hablarme? preguntó el favorito.

—Señor, dijo Lopez con su voz melosa y señalando al secretario que seguia escribiendo, aparentando no apercibirse de nada.

—Podeis hablar sin cuidado, estamos solos.

Aquí, Antonio Perez, con una galanteria esquisita, quiso decir al sacristan señalando al amanuense:

—El señor es un mueble de mi despacho que no hará mas caso de lo que decimos que el sillón en que estoy sentado.

Si el amanuense aceptó lo del mueble, Lopez no pensó del mismo modo, porque insistió en hablar sin testigos.

—Señor, es reservadísimo, dijo con aire de misterio.

—Entonces pasemos á este otro aposento, contestó Antonio Perez levantándose del sillón y abriendo una pequeña puerta que daba á un gabinete perfectamente amueblado á la usanza de la época, por donde entró sin guardar ningun género de deferencia con el sacristan.

Allí, sentándose otra vez, pero sin invitar á Lopez con otra silla, esperó á que este hablase.

—Perdonad, señor, si vengo á distraer de sus ocupaciones á V. E.; pero ya he tenido el honor de decir antes.....

—Podeis entrar en materia si pensais que no puedo perder mi tiempo en otra cosa, dijo Antonio Perez sin dignarse mirar al sacristan.

Este conoció que el favorito no apreciaba mucho su visita, y se sonrió desdeñosamente.

Quizás en aquel momento despreciaba á Antonio Perez.

—Pues bien, señor, dijo rompiendo el silencio, D. Juan Mondejar.....

Al escuchar este nombre, se incorporó Antonio Perez y miró por segunda vez al sacristan.

—¿Y bien? continuad.

—D. Juan Mondejar llegó anoche á Madrid.

—¿Cómo! ¿Y os ha comisionado él mismo para que me deis la noticia?

—No señor.

—¿Qué hace entonces ese caballero que no se ha presentado en mi casa?

—¡Ay, señor! salmodió el sacristan con fingido acento de compasion; ese pobre caballero ha tenido demasiado que hacer para pensar en vos.

—¿Qué decís! exclamó el favorito oyendo semejantes palabras.

—Digo, señor, que para presentar su alma en el imponente tribunal de Dios, no debia ocuparse de los hombres.

—¿Pues qué, está próximo á morir, quizá?

(Se continuará.)

HISTORIA ILUSTRADA
DE LA GUERRA DE ÁFRICA

CONTINUACIÓN
DE LA CUESTION DE MARRUECOS.

A principios de noviembre llegó la noticia de que en Marruecos había habido una revolución, por cuya razón Abbas, hermano del Sultan, y su lugarteniente general del Imperio, en vez de pasar á Tánger á defenderla contra los ataques de los españoles, se había visto obligado á dirigirse al sud con un ejército de 30,000 hombres. Se habían presentado también algunos santones haciendo las más siniestras profecías, las cuales habían producido un desaliento extraordinario, aunque el Sultan había adoptado sangrientas medidas para evitarlo. Muchos renegados españoles habían sido víctimas de la desconfianza que inspiraban por la afición que se creía que podrían tener á España. Los judíos estaban protegidos por el gobierno imperial; pero se hallaban tan alarmados, que preferían emigrar á permanecer espuestos al desenfreno de los del país.

Se decía que en Tánger no habían quedado más que unos 4,000 hombres de tropas regulares, y que la autoridad de la plaza se ocupaba activamente en reunir y organizar alguna fuerza de caballería. Una carta del mismo punto decía que el gobierno marroquí había dispuesto que se hiciesen grandes talas y se abriesen verdaderas estratégicas por toda la parte litoral más intransitable por la espesura de los montes. En el centro de estos se habían mandado hacer grandes esplanadas para establecimiento de los puntos avanzados, cuyas señales consistirían, como de costumbre, en hogueras.

A consecuencia de la retirada de nuestro cónsul, el ministro del Sultan había pasado una nota á todos los cónsules residentes en Tánger, en la cual se proponía demostrar la falta de derecho de España para declarar la guerra al Imperio marroquí.

El gobierno de S. M. envió una circular á todos los representantes españoles en las cortes extranjeras, en la cual se hacía la historia de todos los agravios, cuya reparación pedía nuestro gobierno al de Marruecos, de las negociaciones seguidas últimamente con aquel Imperio, y de los motivos que nos han obligado á apelar al triste extremo de la fuerza.

Según decían de Algeciras al *Constitucional* de Cádiz, el encargado de Negocios de Inglaterra en Tánger escribió una carta á nuestro cónsul en el mismo punto, preguntándole si su retirada era por suspensión de negociaciones ó por ruptura de la buena armonía entre España y Marruecos, á lo cual el Sr. Blanco contestó de un modo lacónico, pero espresivo. El vice-almirante inglés preguntó también al general Echagüe que cuál era el punto por donde habían de empezar los ataques de las tropas españolas; pero tampoco obtuvo la respuesta que deseaba.

El 3 de noviembre salieron de Madrid con dirección á Africa ochenta piezas de artillería; los

jefes de los cuerpos de la expedición, y los oficiales de Estado Mayor, como también todos los empleados de distintos ramos que deben acompañar al ejército, iban saliendo sucesivamente de la capital para sus respectivos destinos.

El día 4 apareció en la *Gaceta* el nombramiento

HISTORIA ILUSTRADA DE LA GUERRA DE ÁFRICA.



Cazador de Madrid.

del general O'Donnell para general en jefe del ejército expedicionario.

Noticias recibidas posteriormente manifestaban que los judíos del imperio de Marruecos habían perdido el privilegio que antes tenían de vivir mezclados con la población indígena, obligándolos ahora á vivir en un barrio separado, y en el cual se los encerraba por la noche; además de esto, estaban sujetos á obligaciones tan humillantes, que por esta razón emigraban en gran número. Parece que habiendo llegado á Gibraltar más de 2,500 de ellos, el gobierno inglés había preguntado al español si los permitiría entrar en nuestro territorio, á lo cual nuestro gobierno había contestado dando el permiso para que fueran admitidos. Para proporcionarles medios de subsistencia, se los admitió á trabajar en las obras de fortificación de Algeciras.

Los periódicos de Lóndres continuaban insultando groseramente á la nación española; el *Spectator* de dicha ciudad publicaba un artículo, en el que decía que «se aseguraba que Francia había prestado auxilio á España en esta cuestión; que si nosotros nos quejábamos de agravios, tam-

bien los marroquíes podían muy bien creer que no habíamos respetado los tratados, y finalmente, que la idea que nos lleva á Marruecos es la de apoderarnos de los sesenta y cinco millones de duros que se dice que hay en el tesoro de Marruecos.»

A la llegada á Cádiz del vice-cónsul español en Rabat, se supo que tanto él como diez y siete hebreos se habían salvado milagrosamente del furor de los moros, los cuales alborotados con pretexto de la guerra, saqueaban á los europeos y á los hebreos; pero principalmente á los españoles y á los que estaban en conexión con ellos. El vice-cónsul con su hijo pudo meterse en un barco que estaba cargando en la rada y que zarpó inmediatamente. En Rabat no era respetada más que la casa del vice-cónsul inglés, en la que había refugiados muchos europeos y hebreos.

El *Gibraltar Chronicle*, órgano oficial de las autoridades inglesas de Gibraltar, decía en aquellos días «que la conducta observada por los moros en tales circunstancias, era digna de todo elogio; que, aunque reinaba un gran entusiasmo por la guerra, no habían insultado ni á los judíos ni á los cristianos, y habían tenido la mayor consideración á los europeos. Decía también que había llegado á dicha plaza el vice-cónsul inglés en Tetuan, con otros pasajeros, y que se esperaba un vapor francés en aquella bahía para tomar á bordo al vice-cónsul y á todos los que se habían acogido al pabellón francés. En Tetuan se decía que Muley-Abbas, hermano del emperador, había llegado á Alcázar, distante dos jornadas de Tetuan, á la cabeza de un numeroso ejército. Mr. Drummond Hay, y Mr. Reade, con sus hijas y Mme. de Ehrenhoff, esposa del encargado de negocios de Suecia, habían llegado á Gibraltar procedentes de Tánger. El vapor francés *Mouette* había llevado de Tetuan á dicha plaza á Mr. Emmanuel Nanon, vice-cónsul francés, con varios

pasajeros de diferentes naciones, entre los cuales había veinticuatro marroquíes acogidos al pabellón francés.»

Una carta de Tetuan traída por el vapor *Mouette* decía que nadie podría figurarse el estado de desesperación en que se hallaban en dicho punto; que muchas familias que habían marchado á Martín, punto de embarque en la desembocadura del río, habían sido robadas y maltratadas por las hordas feroces de beduinos; daba cuenta también de la llegada del vapor que traía la carta, para recoger al vice-cónsul francés y los súbditos de dicha nación; y concluía diciendo: ¡Dios sabe qué será de nosotros cuando salga del puerto este buque de guerra!

El ayuntamiento de Madrid, en sesión del día 6 de noviembre, acordó dar una pensión de 4,000 reales anuales á cada uno de los veinte sargentos que más se distinguen en la guerra; de 3,000 rs. á cierto número de cabos, y otras recompensas para la clase de tropa, que se calculaban en 27,000 duros.

El *Monitor* de París publicaba el despacho del general Martimprey, jefe del ejército expediciona-

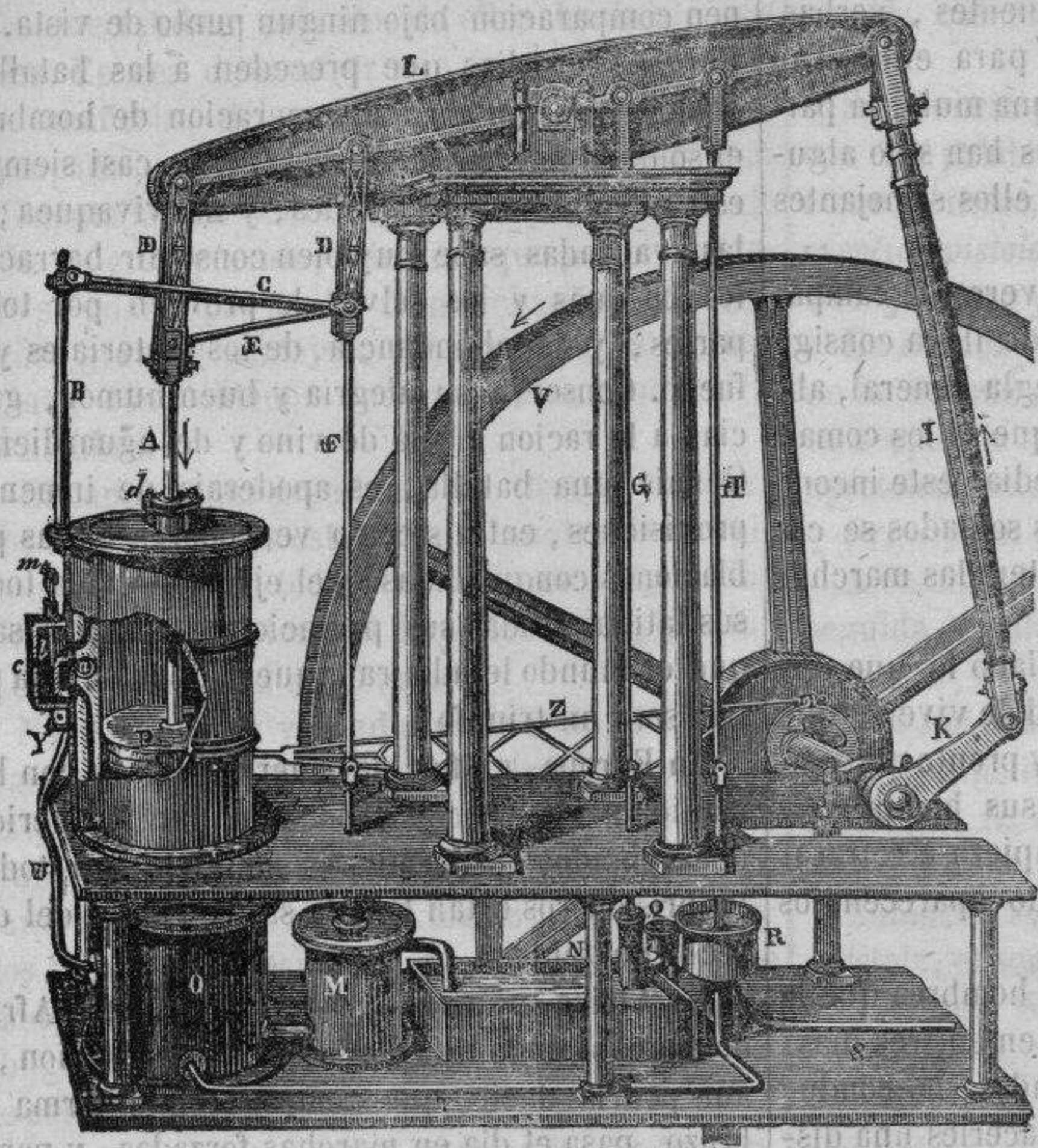


Fig. 3.ª—Máquina de vapor de doble efecto, de Watt.

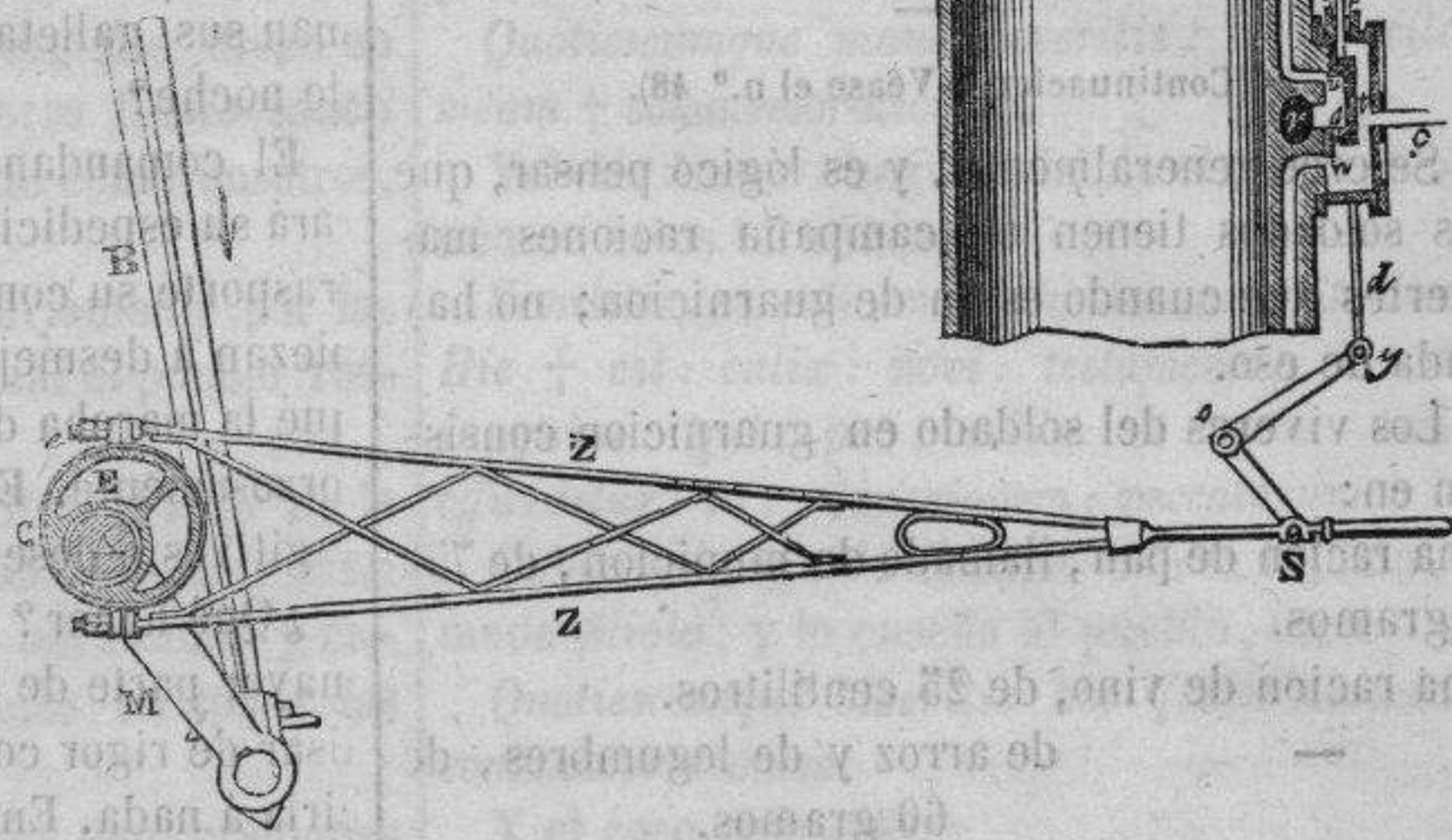


Fig. 4.ª—Distribucion del vapor

rio en Argel, en que anunciaba la sumision de los Beni-Suassen, añadiendo que en el término de cuatro dias quedarian sometidas las tribus de Ouchda, Anmades y Zekkara.

El órgano del partido moderado en Londres publicaba un artículo violento contra Francia y España, respecto á la cuestion de Marruecos y á Gibraltar, al que consideraba como perdido, atreviéndose á decir que hasta el lord Russell estaba próximo á hacer traicion á su patria. El *Morning Post* decia que nuestro gobierno ha asegurado al de Inglaterra que no le lleva á Marruecos un espíritu de conquista.

El corresponsal en Paris del *Times* de Londres decia, que no cree se turben las buenas relaciones entre Inglaterra y España, porque lo único que podria alterarlas, seria un tratado entre Inglaterra y Marruecos, y este tratado no existe.

El 7 de noviembre á las diez de la noche salió de Madrid el general O'Donnell jefe del cuerpo expedicionario de Africa. Le acompañaron hasta la estacion del ferro-carril, los ministros, las autoridades civiles y militares, un gran número de senadores, de diputados, de hombres políticos y muchos amigos particulares. Iban con él el jefe de Estado mayor, general Garcia, el jefe y oficiales de la secretaria de campaña, Sres. Ustariz, Jovellar y Peralta, y los ayudantes Sres. Garcia Rizo, y Serrano.

A pesar de lo poco que se ha detenido en los pueblos del tránsito, ha recibido en todo el camino pruebas inequívocas de los sentimientos de que se hallan animados los españoles, respecto al hombre que va á castigar á los que han insultado nuestro pabellon. Uno de los grabados (1) representa el tren en que iba el general O'Donnell, pasando por el puente sobre el canal.

Así mismo damos tambien un grabado que representa las tropas enviadas de Madrid á Algeciras, en el momento de entrar en el ferro-

(1) No habiendo podido entrar en este número el grabado citado, saldrá en el próximo.

carril del Mediterráneo. La exactitud y esmero del grabado nos han impedido darle antes.

En Ceuta los cuerpos de la guarnicion hacian ejercicios de fuego, y los cuerpos de Sanidad se ocupaban en disponer lo necesario para formar un hospital militar de ochenta camas. De la misma plaza salió una tarde un oficial con veinte soldados para recoger el mojon de piedra en que estaban grabadas las armas de Castilla y le condujo á la ciudad sin haber tenido novedad en su expedicion, á pesar de que unos doscientos moros presenciaron la operacion desde el Serrallo, dando grandes voces y llamando franceses á nuestros soldados, por el color encarnado de los pantalones. Sin embargo, con todos sus gritos, no se atrevieron á salir del Serrallo, si bien dispararon dos ó tres tiros que no causaron daño alguno á nuestros soldados. Nuestro grabado representa un cazador de Madrid de los que salieron á hacer un reconocimiento en las cercanias de la plaza.

Segun noticias de Ceuta, parece que todas las noches á las ocho se veian hogueras en la ensenada de Ceuta la Vieja, casi en el mismo paraje en que algunos dias antes habia fondeado un vapor inglés, y que á dichos fuegos contestaban otros en el monte de Gibraltar, apareciendo y apagándose simultáneamente unos y otros, con la particularidad de que á las diez de la noche cesaban siempre estas señales.

Los moros fonterizos al Peñon, lejos de mostrarse hostiles á la guarnicion de aquella fortaleza, demostraban cada dia mayor adhesion á los españoles, y decian que deseaban la llegada de nuestras tropas para irse con ellas, porque allí no pueden vivir en paz, y cada dia están peor, por el desorden que reina.

Cartas de Gibraltar que merecian entero crédito, decian que tanto de aquella plaza como de Inglaterra, habian conducido últimamente á Marruecos grandes cantidades de azufre, pólvora; balas, fusiles, etc., etc. En dicha plaza era pú-

blico entre los refugiados de Tetuan, que los moros de este punto habian atentado contra la vida del cónsul inglés, y esta noticia les disgustaba sobremanera.

Las últimas noticias de Tánger eran las de haber llegado á las inmediaciones de aquella plaza unos 20,000 moros. En las cercanias de Tetuan se habia formado un campamento de 10 á 12,000 hombres. Tánger, que por ser la residencia de los cónsules, talvez sea declarado puerto neutral, no tiene tanta importancia para el emperador, como otros puertos de aquel litoral. Tetuan, Rabat y Mogador son plazas cuya posesion por nuestro ejército, humillaria el orgullo del Sultan, porque á ellas dirige preferentemente su atencion. Sin embargo, la guarnicion de Tánger ha sido reforzada con muchos moros de rey, y dentro de la poblacion han reunido gran número de camellos destinados al transporte.

El gobernador civil de la provincia de Tarragona envió á la junta receptora de los donativos para el ejército de Africa, 10,000 rs. en su nombre y en el de los jefes y oficiales de las oficinas de Hacienda, Gobernacion y Fomento. Las personas mas notables de la poblacion acordaron hacer un donativo de 50,000 raciones de aguardiente para el dia en que nuestro pabellon ondee en Tánger ó en cualquiera otro punto del que sean desalojados los rifeños.

El pais vascongado ofreció al gobierno una legion organizada, sostenida y equipada por el mismo pais, y además un donativo de cuatro millones de reales.

El capitalista Sr. Manzanedo dirigió á S. M. una esposicion en la que ofrecia sostener por su cuenta, por el tiempo de la guerra una compañía de cien plazas; al mismo tiempo ofrecia adelantar dos millones de reales sin interés alguno.

El *Gibraltar Chronicle* empezó á publicar toda la correspondencia diplomática que habia mediado entre el gobierno español y el de Marruecos en la cuestion que va á ventilarse por las armas;

pero como dicho periódico tiene una parcialidad muy conocida, y no es en general nada exacto cuando habla de España, estos documentos no merecen entero crédito, mientras no se hallen confirmados por los documentos oficiales publicados por el gobierno español.

M. A. DE ERRO.

DE LA GUERRA EN ÁFRICA

POR

EL GENERAL YUSUF.

(Continuacion.—Véase el n.º 48).

Se cree generalmente, y es lógico pensar, que los soldados tienen en campaña raciones más fuertes que cuando están de guarnición; no hay nada de eso.

Los viveres del soldado en guarnición consisten en:

Una ración de pan, llamado de munición, de 750 gramos.

Una ración de vino, de 25 centilitros.

— de arroz y de legumbres, de 60 gramos.

— de sal, de 1/60 de kilógr.

— de carne, de 200 gramos.

Unid á esto 20 ó 25 céntimos al día, lo cual permite al soldado aumentar y mejorar su alimento: solo tiene un trabajo poco penoso; va al ejercicio, cumple con sus obligaciones en el cuartel, va de guardia, se acuesta siempre en su lecho, y se halla al abrigo de todas las intemperies de las estaciones.

En campaña el soldado anda ocho ó diez leguas por etapas: cargado con sus armas, con viveres para muchos días, sube montañas, atraviesa torrentes, ó bien recorre llanuras inmensas, ora bajo un cielo de fuego, ora bajo torrentes de agua, sin contar las marchas de noche, que son las más penosas. Llega al vivac, levanta su tienda (1); pero si es durante el verano, tiene que luchar con el calor y los insectos; si es durante el invierno, la tierra, húmeda y fría, solo le ofrece un lecho de fango. Después de haber descansado de las fatigas de una marcha penosa, no siempre halla agua, y cuando la encuentra, es muchas veces salitrosa y súa; ¿qué recibe entonces en viveres?

Una ración de galletas de 643 gramos.

— de carne de 300.

— de sal de 1/60 kilóg.

— de azúcar y café de 12 gramos.

— de arroz de 60 gramos.

Así, en vez de pan come galletas: si se me objetase que 643 gramos de galleta equivalen á 750 gramos de pan, porque la galleta encierra menos agua y más elementos nutritivos, respondería que la ración de galleta que se da al soldado es insuficiente. En vez de vino bebe café. Lejos de todo lugar de provisiones, en un país donde los habitantes huyen delante de él, no halla nada que comprar, y le es de todo punto imposible mejorar su alimento.

(1) Durante unos diez años, los soldados se han acostado sin abrigo; ahora tienen una tienda pequeña, hecha con sus sacos de campamento. Debemos al general Bugaud esta feliz idea, que nos ha permitido hacer la campaña en todos tiempos, y ha salvado á muchos hombres.

¿Qué sucede entonces? Que los soldados comen cuanto encuentran: ratas, serpientes, yerbas, tortugas, raíces, todo es bueno para ellos. Tan pronto como cogen un caballo ó una mula, la parten en pedazos, y sus privaciones han sido algunas veces tan grandes, que para ellos semejantes comidas son entonces festines.

No solo son insuficientes los viveres de campaña, sino que además cada soldado lleva consigo para diez días: ahora bien, es regla general, absoluta para todas las columnas, que se los coman en ocho. Es bastante difícil remediar este inconveniente; ¿cómo impedir que los soldados se coman sus galletas durante las reiteradas marchas de noche?

El comandante, que ha calculado lo que durará su expedición por la cantidad de viveres que trasporte su convoy, conoce muy pronto que empiezan á desmejorar muchos de sus hombres, y que la marcha de la columna empieza á retrasarse orzosamente. Entonces es cuando aparecen los fugitivos ó desertores.

¿Qué hacer? ¿Cómo castigar á hombres que la mayor parte de las veces no comen en tres días? Usar de rigor con estos desgraciados, no conduciría á nada. Entonces hay que hacerles una distribución suplementaria; pero si se ve obligado á hacer la campaña; si está lejos de los puntos de abastecimiento, no hay más que una alternativa: disminuir la ración, ya tan exigua, de cada hombre para volver á hallar el suplemento que le ha dado, ó abandonar sus operaciones, y entonces el fruto de tantas fatigas se ve perdido, y el linero de Francia gastado inútilmente.

Preciso es tener el valor de decirlo: en nuestras expediciones ha habido soldados que han muerto de hambre.... ¡Cuántas veces nos hemos entristecido ante ese espectáculo horrible! ¿Y qué no hubiéramos dado por procurar una galleta, ó una pipa de tabaco á esos hombres, cuyos esfuerzos habían sido inauditos, el valor siempre admirable, y que no sucumbían sino bajo el exceso de la miseria?

No hay uno de nosotros, ni un comandante de columna, que no se haya prometido hacer resaltar los sufrimientos de sus soldados; pero esta promesa no se ha cumplido jamás. Una vez entrados en los acantonamientos, sufrimientos, miserias, privaciones, todo se olvidaba. Después de una noche pasada en el cuartel, los soldados lo olvidaban todo, se consolaban, hasta se burlaban de sus fatigas, y se complacían en exagerarlas, refiriéndolas á sus camaradas. A las veinticuatro horas hubieran vuelto á partir tan indiferentes como el primer día.

Pero si la excelente moral del soldado se sostiene así, no sucede lo mismo con la parte física: ha contraído el germen de enfermedades que no tardan en desarrollarse: entonces va á morir oscuramente al hospital, ó si vuelve á sus hogares, sucumbe muy pronto, á pesar de toda la energía de su corazón. En Francia se atribuyen á la sola influencia del clima las pérdidas que se deben únicamente á las privaciones de alimento que afligen al soldado. Estoy convencido de que, de todos los hombres que han muerto en África de veinte años acá, solo una décima parte ha sucumbido bajo el fuego del enemigo.

Se me objetará tal vez que las raciones del soldado son las mismas en África que en Europa.

A esto responderé, que ambas guerras no tienen comparación bajo ningún punto de vista. En Europa, los días que preceden á las batallas, cuando hay una gran aglomeración de hombres, el soldado duerme en el suelo; pero casi siempre está alojado en las ciudades, y no vivaquea; en las avanzadas sabe muy bien construir barracas; los bosques y las selvas le proveen por todas partes; y en abundancia, de los materiales y el fuego. Conserva su alegría y buen humor, gracias á la ración diaria de vino y de aguardiente. Gana una batalla, os apoderáis de inmensas provisiones, entráis como vencedores en las poblaciones conquistadas, y el ejército olvida todas sus fatigas, todas sus privaciones, cuando sabe que el mundo le admira y que su regreso á la patria será un triunfo!

En Europa, en fin, la guerra se hace con humanidad: el vencedor hace vendar las heridas del vencido, los hospitales se abren para todos, los prisioneros están bajo la salvaguardia del derecho de gentes.

En África no existe nada de eso; en África donde el soldado está sin cesar de expedición, y aun podría decir, que siempre con el arma al brazo, pasa el día en marchas forzadas, y por la noche tiene la dura tierra por lecho. Recorre un suelo casi ingrato en su mayor parte, ¡desgraciado del que se quede atrás, aunque no sea más que algunos pasos, porque es asesinado sin piedad! Una raza implacable le provoca sin cesar; impalpable siempre, huye delante de él; jamás encuentra un ejército árabe, es una multitud de hombres á caballo, de ancianos, mujeres y niños; el enemigo se dispersa á su vista, pero está en todas partes: en los bosques, en las zanjas; en una palabra, se le ve sin cesar, y no está en parte alguna. Un pueblo nómada no presenta sino muy pocos lados vulnerables.

Después, en África se hace la guerra con barbarie: ¡el árabe cree hallar mérito á los ojos de Dios matando á un cristiano, y lo persigue hasta después de su muerte! ¡Dejais un vivac, y en seguida viene á registrar la tumba de nuestros soldados, exhuma sus cadáveres, y estos horribles trofeos son arrastrados de tribu en tribu! El que sucumbe no siente ni aun la embriaguez que da la victoria, seguro como está de ser insultado hasta en su muerte.

En una palabra, la guerra de África es una guerra de esterminio.

Verdad es que un comandante de columna no puede impedir tantas fatigas, privaciones y miserias; pero jamás debe descuidar, antes de su partida, asegurarse de la cantidad y calidad de los viveres. Algunos jefes se muestran severos hasta el exceso con los cantineros y vendedores que siguen á las columnas. Esto es muy mal hecho; si se les ha de impedir que lleven alcoholes, licores fuertes, siempre adulterados, verdaderos venenos, preciso es que se les conceda la mayor facilidad de transporte para todo el exceso de sus provisiones, porque muchas veces han sido un recurso bien precioso para nuestros soldados.

El gobierno por su parte ha mostrado también una severidad exagerada con nuestros comandantes de columna: así ha ido hasta hacerles pagar los viveres que de resultas de algunas marchas penosas habían sido distribuidos, además

de la ración estrictamente debida á pobres soldados que estaban privados de ellos hacia algunos días. En vez de mostrar una severidad que solo es tacañería, debería aumentar los viveres de campaña, y recordar que, si la tropa está mal alimentada, no puede esperarse que se saque de ella un gran partido, mientras que por el contrario se puede, por medio de marchas forzadas, obtener grandes ventajas, y hacer muchas economías, con soldados que no tienen que sufrir el hambre.

El capitán mas grande de los tiempos modernos no descuidaba esta circunstancia; su previsión se extendía á todo. Nunca ejército alguno fué alimentado como los del Imperio. Así, ¿qué inmensos resultados no obtuvo?

No pretendo en verdad que se trate al soldado francés como al soldado inglés; pero no se puede exigir de él la sobriedad de un español ó de un árabe. Una columna que deba permanecer en campaña durante muchos meses, deberá tener dos batallones encargados de proveerla; de otro modo perdería un tiempo precioso, si se viese obligada á volver atrás. Cualquiera columna que no sale sino por 20 ó 30 días, debe llevar consigo viveres para una tercera parte mas de tiempo, puesto que si se conoce el día de la salida, no se puede fijar el del regreso. Tres ó cuatro días después de su partida, el comandante de una columna debe informar escrupulosamente al gobernador de cuanto le sucede. Debe además no descuidar pormenor alguno, cuya importancia, que le parecería mínima, podría, sin embargo, ser grande para otro. Así, pues, debe ponerse en correspondencia, no solo con el comandante de la división en que opera, sino también con los de las otras dos divisiones, y mantener relaciones tan frecuentes como sea posible con los demás comandantes de columna. Lo mejor sería dirigir las cartas duplicadas y aun triplicadas, y enviarlas por correos diferentes.

(Se continuará).

SECCION RELIGIOSA.

DESCRIPCION DE UNA MISA MOZÁRABE.—

SUS DIFERENCIAS CON LAS DEL RITO LATINO.

Después de haber explicado todo lo relativo á la introducción del rito Mozárabe, vamos á dar á nuestros lectores una curiosa y completa descripción de esta liturgia, como se encuentra por ejemplo, en Robles, Pinio, Tomasi, y otros autores, formando un cuadro abreviado de la Misa Mozárabiga.

Comienza por una oración gradual poco diferente de la del misal romano, y cuyas partes principales son el Salmo *Judica* y el *Confiteor*, á lo que se une un *introito* que varía según las festividades, pero que es diferente del del nuestro. En seguida viene el *Gloria in excelsis*, y aun en ciertos días el cántico de los tres jóvenes hebreos en el horno de Babilonia.

Después una oración, y una lección sacada del Antiguo Testamento, oración mezclada con muchos versículos estraños al misal romano. Después de un gradual llamado *Psallendum*, viene la epístola propiamente dicha, la que es diferente

de la lección, y sacada siempre del Nuevo Testamento, casi siempre de las epístolas de los apóstoles.

Se anuncia por el sacerdote ó por un diácono, con las palabras *Silentium facite*, comenzando como en nosotros el Evangelio por las palabras *Sequentia epistolæ*, etc. El coro responde entonces *Deo gratias*, y al fin, *Amen*.

En ciertos días, por ejemplo en la Ascension, en la Pascua de Pentecostés, etc., en lugar de una epístola se lee un trozo de los actos de los apóstoles comenzando por estas palabras:

Principium libri actuum, ó lectio libri actuum.

A cambio de eso, el Evangelio, que dicen en seguida, comienza por las palabras *Lectio sancti evangelii*, á que el coro responde como nosotros, *Gloria tibi domini*.

El Evangelio comienza ordinariamente por las palabras: *In illis diebus*. Al final el pueblo responde *Amen*.

Entonces se coloca en el altar al lado de la epístola, el segundo libro necesario para la misa mozárabiga. Se llama *Omnium offertium*, y encierra las partes que son iguales en todas las misas.

Comienza entonces el ofertorio con oraciones semejantes á las del rito latino, pero que no son las mismas.

Después del ofertorio, viene como en la antigua liturgia griega y en la de Milan, una serie de oraciones, de las que la tercera, por su denominación *Post nomina*, hace alusión á la lectura de los *Dipticos* que ha precedido.

La cuarta, llamada *Ad pacem*, se une al beso de paz, que como en Milan y entre los griegos se verifica antes de la consagración y no después. Entonces el sacerdote besa la patena, recibe la paz, la comunica al diácono, que en seguida la da á besar al que se encuentra de las gentes del pueblo mas inmediato al altar.

El prefacio, que se llama *Illatio*, conclusión, es decir, la primera parte de la misa, y que varía con frecuencia, es seguida inmediatamente por el *Introito ad altare Dei*.

El coro responde, *Ad Deum qui lætificat juventutem meam*.

Vienen después los versículos y respuestas siguientes:

- Sacerdote: *Aures ad Dominum.*
- El coro: *Habemus ad Dominum.*
- El sacerdote: *Sursum corda.*
- El coro: *Levemus ad Dominum.*
- El sacerdote: *Deo ac Domino nostro Jesu christo filio Dei qui est in cælis dignas laudes, dignasque gratias referemus.*
- El coro: *Dignum et justum est.*

El prefacio comienza en seguida del mismo modo que el nuestro y por las mismas palabras: *Dignum et justum est nos tibi gratias agere*, y se termina por el *Sanctus*.

Si hasta aquí la liturgia mozárabe se parece mucho á la de Roma, ya se diferencia notablemente desde el cánon.

Después del *Sanctus*, se procede inmediatamente á la consagración, separada únicamente de él por una corta oración, llamada *Post Sanctus*.

Se enseñan la hostia y el cáliz como en el rito latino al pueblo, mientras que en la misa griega esto no se verifica sino después de la consagración, é inmediatamente antes de la comunión.

En la consagración, el sacerdote mozárabe dice la siguiente oración:

Adesto, adesto Jesu bone pontifex in medio nostri: sicut fuisti in medio discipulorum tuorum: sancti + fca hanc oblationem: + ut sanctificata + sumamus per manus sancti angeli tui, sancte Domine ac Redemptor eterne. Dominus noster J. C. in qua nocte tradebatur, accepit panem: et gratias ageas bene + dixit, ac fregit: deditque discipulis suis, dicens: Accipite et manducate. Hoc: est: corpus: meum: quod: pro: vobis: tradetur.

Después se hace la elevación de la santa hostia, y el sacerdote continúa así:

Quotiescumque manducaveritis: hoc facite in meam + commemorationem.

Volviéndose en seguida hácia el cáliz, continúa en estos términos:

Similiter et calicem postquam cenavit dicens: Hic + est: calix: novi: testamenti: in: meo: sanguine: qui: pro: vobis: et: pro: multis: effundetur: in: remissionem: peccatorum.

Cubre en seguida el cáliz con la hijuela, llamada *filiole*, y lo enseña al pueblo, diciendo:

Quotiescumque biberitis hoc facite in meam + commemorationem.

Y el coro responde:

Amen.

Esta forma de consagración se refiere enteramente al versículo XXIV de la epístola primera de san Pablo á los Corintios, capítulo II; y ha sido copiada al pié de la letra del misal mozárabe, y con la misma puntuación que tiene.

Después de algunas otras cortas oraciones, y de una nueva elevación de la hostia, se recita el símbolo de Nicea y de Constantinopla, en una traducción enteramente diferente de la latina; pero que tiene, sin embargo, el *Filioque*, mientras que en la de los latinos se recita el credo antes del ofertorio, y en la de los griegos inmediatamente después.

La comparación de ese símbolo ó credo mozárabe, con el que se halla en las actas del Concilio tercero de Toledo en 589, cuando los godos abrazaron el catolicismo, demuestra que concuerdan plenamente, sin mas que algunas pequeñas variaciones con el símbolo mozárabe, que no es otra cosa que la traducción toledana del credo, muy parecido al credo romano.

Lo que esta liturgia tiene suyo propio, peculiar, es la fracción del pan que se hace entonces. Rompe el sacerdote la hostia santa en dos partes: la una la divide en cinco particulas, y la otra en cuatro: las coloca en seguida sobre la patena, en la que hay grabada una cruz formada con siete círculos, las siete primeras particulas de la hostia se colocan en estos siete círculos, y las otras dos al lado derecho de la cruz, sobre la patena también.

Cada una de estas nueve particulas tiene su nombre particular, correspondiente á un acto de la vida de Jesucristo. 1.^a *Corporatio*; 2.^a *Nativitas*; 3.^a *Circumcisio*; 4.^a *Apparitio*; 5.^a *Passio*; 6.^a *Mors*; 7.^a *Ressurrectio*; 8.^a *Gloria*; 9.^a *Regnum*.

Colocadas sobre la patena forman la figura de la página siguiente:

En seguida de la fracción del pan, viene después de una oración bastante larga, el *Pater Noster*. A cada pregunta el coro responde *Amen*; y después de otra oración por los afligidos, los prisioneros, los enfermos y los difuntos, durante

la cual el sacerdote, como entre nosotros, al *Nobis quoque peccatoribus*, se da golpes de pecho, coge la partícula *regnum*, y la deja caer en el caliz, pronunciando las palabras que tienen relación con esta acción.



Inmediatamente después, da el sacerdote la bendición al pueblo, y después pasa a verificar la comunión, durante la cual canta el coro: *Gustate et videte quam suavis est Dominus*. El sacerdote coge entonces entre sus dedos la partícula *Gloria*, diciendo: *Panem Coelestem de mensa Domini accipiam et nomen Domini invocavo*. En seguida hace una oración por los difuntos y pronuncia el *Domine non sum dignus*, dándose tres golpes de pecho; coge primero aquella partícula de la hostia, y después sucesivamente las otras según su orden.

Bebe en seguida la santa sangre, hace la ablución, y recita todavía alguna oración.

El diácono separa en seguida del altar el *liber offerentium*, y coloca en su lugar al lado de la epístola el misal propiamente dicho, en el que el celebrante lee la oración *Post comunio*. Después en lugar del *Ite missa est*, como se verifica en nuestras misas, pronuncia estas palabras: *Solemnia completa sunt in nomine Domini nostri Jesuchristi, votum nostrum sit acceptum cum pace*; y en ciertos días, *Missa acta est, etc.*; y se responde *Deo gratias*.

Después de la *Salve Regina*, que viene en seguida, el sacerdote se vuelve hacia el pueblo y lo bendice diciendo:

In puritate Sancti Spiritus benedicat vos pater et filius. Amen. En seguida se separa del altar, terminándose completamente la misa.

Estas son las únicas diferencias que hay entre la misa del rito latino ó gregoriano, y la del rito mozárabe.

Hemos tenido recientemente la ocasión de observarlo en la iglesia catedral de Toledo, compulsando el misal ordinario con el del rito mozárabe. Este rito, tan poco conocido, ha estado a punto de desaparecer de España, lo que hubiera sucedido a no haberse agregado en el último Concordato la capilla mozárabe, que antes era una fundación rica é independiente de la catedral, aunque dentro de ella misma, a una de sus dignidades, siendo individuo del capítulo de la catedral el capellán mayor mozárabe, como lo es también el capellán mayor de los *Reyes Nuevos*.

EL CONDE DE FABRAQUER.

SECCION CIENTÍFICA.

MAQUINAS DE VAPOR.

(Continuacion. — Véase el n.º 48).

III.

Vamos ahora a dar a conocer lo que diferencia a unas máquinas de otras, ó sea la máquina propiamente dicha. Pero demos primero una idea del conjunto de esta máquina, a fin de describir luego cada una de sus piezas en particular, con cuyo objeto vamos a trasladar a continuación los párrafos que de esta materia se ocupan en el excelente tratado de física general de Mr. Ganot, cuya lectura y estudio no podemos menos de recomendar a todos nuestros lectores que tengan algún deseo de conocer las leyes de la naturaleza y sus aplicaciones a las necesidades y usos de la vida (1).

«A la izquierda del dibujo (fig. 3.ª), se ve un cilindro de fundición a donde va el vapor de la caldera; y merced a la porción desprendida de la pared del mismo, se puede observar un émbolo, sobre el cual obra el vapor alternativamente por encima y por debajo, con objeto de hacerle descender y subir. Por su vástago A trasmite el émbolo su movimiento alternativo a una enorme palanca de fundición L, llamada *balancin*, y sostenida por cuatro columnas de fundición también. El balancin trasmite su movimiento a una larga pieza de fundición I, denominada *biela*, que se articula con un *manubrio* K para comunicarle un movimiento de rotación continuo. Este manubrio se fija a un árbol horizontal de fundición, llamado *árbol de asiento* que gira con él. Este árbol es el que por medio de ruedas de engranaje ó de tornillos sin fin, va a comunicar el movimiento a diversas máquinas-instrumentos, tales como sierras, tornos, laminadores, mull-jenny, etc.

«A la izquierda del cilindro está la caja de distribución del vapor, pasando este alternativamente debajo y encima del émbolo. Pero interesa que después de su acción en cada cara de este desaparezca el vapor, pues de lo contrario habría presión en ambos sentidos, quedando en equilibrio el émbolo. Al efecto, el vapor que ha actuado ya, va a un cilindro O, que contiene agua fría y que se llama *condensador*, porque en él se condensa casi por completo, cesando la presión en la parte del cilindro que comunica con el condensador. De consiguiente, como solo hay presión en una de las caras del émbolo, sube ó baja este.

«El uso del condensador está basado en el principio de la teoría de los vapores, debido a Watt, es decir, que cuando dos vasijas que comunican entre sí y que contienen vapor en el estado de saturación, se hallan a diferentes temperaturas, en ambas es igual la tensión, correspondiendo esta a la temperatura de la vasija menos caliente.

«Como se calienta rápidamente el agua del condensador, por efecto de la licuefacción de los vapores, es preciso renovarla con frecuencia, lo cual se obtiene mediante dos bombas. Una de ellas FM se llama *bomba de aire*, y aspira del condensador el agua caliente que contiene, y al

(1) Esta obra traducida al español, véndese en la librería extranjera y nacional de Bailly-Bailliere.

mismo tiempo el aire disuelto en el líquido del generador, y que va juntamente con el vapor al cuerpo del cilindro y al condensador. La otra bomba, HR, se denomina *bomba de pozos*, porque aspira de un pozo ó de un río el agua fría, que es impelida al condensador por la presión atmosférica.

«Una tercera bomba GQ, llamada *bomba alimenticia*, impele hacia el generador el agua caliente aspirada del condensador; con lo cual se economiza combustible.»

Entremos ahora en la explicación detallada de las partes de la máquina:

- A Vástago del émbolo que se articula con el paralelogramo y que sirve para transmitir al balancin el movimiento de vaiven del émbolo.
- B Palanca fija en el cilindro a fin de sostener el brazo de retorno C.
- C Brazo de retorno doble que dirige el movimiento del paralelogramo.
- D, D, E Varillas que forman con la estremidad del balancin un *paralelogramo* articulado al cual se fija el vástago del émbolo y que tiene por objeto conservar a este vástago un movimiento rectilíneo durante su carrera.
- F Tallo de la *bomba de aire*, que saca el aire y el agua caliente del condensador.
- G Tallo de la *bomba alimenticia*, que repele hacia el regenerador por el tubo S el agua caliente aspirada del condensador.
- H Eje de la *bomba de pozo*, que sirve para extraer el agua fría necesaria para la condensación.
- I *Biela* que trasmite el movimiento del balancin al manubrio.
- K *Manubrio* que trasmite el movimiento de la *biela* al árbol de asiento.
- L *Balancin* móvil en su parte media sobre dos muñones. Trasmite el movimiento del émbolo a la *biela*.
- M Cilindro de la bomba de aire en comunicación con el condensador O.
- N Depósito del agua caliente que aspira del condensador la bomba de aire.
- O *Condensador* lleno de agua fría, en el cual se liquida el vapor después de haber obrado sobre el émbolo.
- P *Émbolo* metálico móvil en un cilindro de fundición. Este émbolo es el que recibe directamente la presión del vapor y el que trasmite el movimiento a todas las piezas de la máquina.
- Q Depósito de aire de la bomba impelente alimenticia que envía agua a la caldera.
- R Depósito de agua fría de la bomba de pozo.
- S Tubo que conduce al generador el agua caliente impelida por la bomba alimenticia.
- T Tubo que conduce del depósito R al condensador el agua fría aspirada por la bomba de pozo.
- U Tubo que va desde el cilindro al condensador, después de haber actuado sobre el émbolo.
- V Gran rueda de fundición llamada *volante* que gira con el árbol de asiento y sirve para regular su movimiento, en virtud de su inercia, sobre todo cuando el émbolo

bolo se halla en la parte mas alta y en la mas baja de su carrera.

Y Palanca angular que trasmite el movimiento del escéntrico *c* á la cajita *b*.

Z Tirante del escéntrico.

a Orificio que comunica, unas veces con la parte superior y otras con la inferior del cilindro, y que sirve para dar paso al vapor á fin de que vaya por el tubo *U* al condensador.

b Eje que trasmite el movimiento á la cajita, la cual sirve para hacer llegar el vapor, unas veces encima y otras debajo del émbolo. Véase el párrafo siguiente que dice *Distribucion del vapor*.

c Orificio por el cual llega el vapor del generador á la caja de distribucion.

d Caja de estopa en la cual se desliza el tallo del émbolo sin dar paso al vapor.

e Escéntrico fijo en el árbol de asiento: gira en un círculo sobre el cual se ata el tirante *Z*.

m Varilla que enlaza el tallo *b* de la cajita con la palanca angular *Y* y con el escéntrico.

«*Distribucion de vapor*. La (fig. 4^a) representa los pormenores de la distribucion de vapor. Un tubo *c*, que va á la caldera, conduce el vapor á una caja rectangular de fundicion fija sobre el cilindro. En el espesor de la pared de este último, hay tres orificios *u*, *n*, *a*; por un conducto interno comunica el primero con la parte superior del cilindro; el segundo, con la inferior; y el tercero *a* con un agujero *r* que se dirige al condensador. Sobre los tres orificios corre una pieza *t*, llamada *corredera* ó *tirador* y fija por una varilla *b* articulada en *m* con un eje mayor *d*, á fin de recibir con él un movimiento de vaiven de *y* ó *S*, palanca angular que está en comunicacion con el escéntrico.

«Cuando la *corredera* está en la parte mas alta de su curso, segun lo indica la figura, penetra el vapor por el orificio *n* y va á la parte inferior del cilindro, mientras que estando cerrado por aquella el orificio *u*, no puede penetrar por él el vapor; pero el que se halla encima del émbolo, se dirige por el mismo orificio *u* y por el *a* al agujero *r*, por donde pasa al condensador. Solo se encuentra impelido el émbolo de abajo á arriba y sube.

«Si, por el contrario, se encuentra la *corredera* en el punto mas bajo, el orificio *u* es el que da entrada al vapor, y el *n* el que le deja paso para dirigirse al condensador; de consiguiente, descendiendo el émbolo, y así sucesivamente á cada curso de la *corredera*.

«En cuanto al movimiento de vaiven que esta toma, procede del *escéntrico*. Tal es el nombre que se da á una pieza circular *E*, fija en el árbol de asiento *A*, pero de modo que su centro no coincida con el eje de dicho árbol. El *escéntrico* se halla envuelto por un aro *C*, en el cual gira con roce suave, terminando en el mismo las varillas *ZZ*. Sigue el aro, sin girar, el movimiento del *escéntrico*, y recibe de él en la direccion horizontal, un movimiento alternativo que comunica á la palanca *S* ó *y*, y de aquí á la *corredera*.

X. Y. Z.

(Se continuará.)

CRÓNICA ESTRANJERA.

El estado de la Italia Central, en cuanto á tranquilidad pública, es el mismo de que hemos hablado en nuestras anteriores crónicas.

A propósito de la suspension de los trabajos del istmo de Suez, á consecuencia, como ya hemos dicho, de una orden emanada del Sultan por sugestiones de la Inglaterra, dirémos hoy que Mr. Lesseps, no bien supo lo que pasaba, se embarcó para Constantinopla. A fines del mes último llegaron á Alejandria instrucciones del gobierno francés, para impedir todo acto que contrarie los derechos de la compañía del canal de Suez, cuyos trabajos continúan. A juzgar por las manifestaciones privadas de Mr. Lesseps, la Francia protege los trabajos de la compañía del istmo, á despecho de toda oposicion y resistencia. Hágalo así la Francia, y cuente sobre seguro con la gratitud y con el apoyo, en caso necesario, de todo el mundo. La conducta de la Inglaterra, en esta importante cuestion, es á todas luces odiosa.

El *Courrier du Dimanche* hace el análisis de un documento que arroja alguna luz acerca de cómo se ha establecido el acuerdo entre las asambleas de Parma, Módena, Florencia y Bologna, para conferir la regencia al principe de Saboya-Carignan. Tratase de una especie de memoria enviada por el gabinete sardo á las potencias europeas, en la que les somete las razones que hacen necesaria por su parte una intervencion directa en la Italia Central.

En este documento, el espresado gobierno da á conocer que la Romania, queriendo prevenir el ataque con que la amenazaban las tropas papales, habia proyectado una invasion en el territorio napolitano. Esta memoria espone además los peligros que resultarian para toda la Italia, de semejante empresa, y declara que, para prevenirla, el rey habia tomado la resolucion de intervenir, al primer accidente grave que se produjera.

La Dieta de Francfort ha pasado á la comision el expediente de la Hesse Electoral. Prusia, los Estados de Thuringia, Oldemburgo y las Ciudades libres, se han pronunciado por el restablecimiento de la Constitucion de 1831; otros Estados se han declarado por la de 1852, y otros se han abstenido de votar.

La proposicion relativa á la revision de la organizacion federal, fué adoptada por unanimidad, y pasó á la comision militar.

Continúan las negociaciones con Inglaterra para su asistencia al Congreso, que, segun se asegura, se reunirá en Paris el 15 de diciembre. Asegurábase asimismo que la Inglaterra, á pesar de sus alardes de oposicion y de sus alharacas, concluirá por tomar parte en dicho Congreso, y esto sin condiciones. Si así sucede, no hay duda que la política británica se luce en todas partes.

Segun el *Morning-Post*, el rey del Piamonte no ha negado, como se habia dicho, la autorizacion de aceptar la regencia, al principe Carignan, y si solo aplazado toda decision para mas adelante.

El *Eco de Oran* contiene los detalles de la última accion del ejército francés contra los marroquíes. Toda la montaña atacada por aquel, presentaba infinitos obstáculos y barricadas, en una altura de 900 metros; pero la obstinada defensa de los moros no pudo resistir el empuje de las tropas francesas, que ocuparon el terreno, dejándolos aterrorizados. El general Martimprey despidió, sin querer tratar con ellos, á los enviados de la autoridad de Ouchda, asilo de Analhuborg.

El folleto de Emilio Girardin, titulado *Napoleon III y la Europa*, ha sido recogido por la policia francesa en el momento en que iba á ponerse en venta. Por lo visto, el Imperio sigue siendo completamente hostil á la prensa.

Dicen de Florencia que la noticia de la formacion del próximo Congreso europeo, ha calmado algun tanto los ánimos bastante sobrecitados estos dias. A esto, dado caso que semejante noticia sea cierta, debe haber contribuido la voz que se ha hecho correr de que dicho Congreso se reunirá bajo la base de la no intervencion. Pero ¿quién puede garantizar la exactitud de esta noticia, que no tiene mas fundamento que la aseveracion de un periódico inglés?

Dícese que Roma y Nápoles tendrán representacion en el Congreso.

Háblase con insistencia, hace mucho tiempo, de los pasos dados por el Austria para ponerse de acuerdo con la Rusia; suponiéndose, no sin razon, que este suceso no será posible sino á condicion de que el gabinete de Viena haga al de San Petersburgo ciertas concesiones relativas á los negocios de Oriente. El corresponsal vienense de la *Gazeta de Colonia* desmiente formalmente cuanto se refiere á estas pretendidas concesiones. En tal estado de cosas, apenas se comprende qué otra ventaja puede ofrecer el Austria á la Rusia, en compensacion de la amistad que de ella exige.

El rey de Cerdeña ha admitido al general Garibaldi la dimision que ha hecho de su mando en jefe del ejército de la Italia Central.

Los periódicos ingleses últimamente recibidos en Paris, siguen mostrándose mas ó menos hostiles al Congreso. El *Times* dice que no está suficientemente esclarecida la circular del conde de Walewski, para aconsejar á la Inglaterra que tome parte en el Congreso. El *Standart* es de opinion que, puesto que todo se ha resuelto en Zurich, el anunciado Congreso es completamente inútil. Tal es, tambien, poco mas ó menos, la opinion del *Morning Herald*, que se declara partidario del *statu quo* actual. Lo que se desprende del lenguaje de los periódicos ingleses, es que la Inglaterra, renunciando al fin á su primitiva resistencia á tomar parte en el Congreso, y temiendo aumentar, con su conducta, el aislamiento en que hoy se encuentra, está, en efecto, resuelta á tomar parte en las deliberaciones y acuerdos de aquel, si bien valiéndose de salvedades y subterfugios que hagan menos evidente su contradictorio proceder y su casi-derrota.

Parece que el papa ha admitido en principio la institucion de una representacion electiva, haciendo que la eleccion de los representantes sea confiada, no á las poblaciones directamente, sino á las municipalidades. El embajador de Francia se ha adherido á esta condicion; pero en cambio

insiste para que la Cámara de los representantes tenga voz deliberativa y ejecutiva en materia de Hacienda. El corresponsal de la *Independencia belga* que nos comunica esta noticia, cree que los dos gobiernos acabarán por entenderse en esta grave cuestión. Algo optimista, á decir verdad, nos parece el juicio del periódico de Bruselas, á no ser que la Francia sea la que ceda un tanto en sus pretensiones de reforma cerca de la corte pontificia.

M. M. FLAMANT.

CRÓNICA ESPAÑOLA.

S. M. ha sancionado la ley del ferro-carril de Barcelona á Tarragona.

—Por real decreto publicado en la *Gaceta* del día 16 de noviembre, se manda establecer una Escuela especial esencialmente práctica, con el objeto de completar la instrucción y uniformar los métodos del personal auxiliar necesario para las operaciones de estadística general del reino. La duración de la enseñanza práctica será de cuatro meses, y los alumnos saldrán á aspirantes con el sueldo de 3,500 rs. anuales. De allí ascenderán á ayudantes segundos supernumerarios con 6,000 rs., ayudantes segundos efectivos con 8,000 rs. y ayudantes primeros con 10,000.

—De real orden ha sido autorizada la constitución de la Sociedad anónima *Compañía del ferro-carril de las Tunas á Sancti-Spiritus*, en la isla de Cuba, habiéndose aprobado también el reglamento para su régimen y gobierno.

—Ha sido autorizado D. Miguel Bueno para aprovechar las aguas del río Guadalimar, como fuerza motriz de un molino harinero que intenta construir en la provincia de Jaén.

—En la sesión del Congreso del día 12 se leyó y quedó aprobado el dictamen de la comisión sobre el proyecto de ley de redención y enganches.

—En las sesiones del día 14, el Sr. Ministro de Estado leyó el decreto, por el cual S. M. la Reina se ha servido suspender las sesiones de Cortes, y se da por suspendida la legislatura actual.

—En la última subasta de solares de la Puerta del Sol, celebrada el día 12 de noviembre, se enajenaron los señalados con las letras E y F, en la cantidad de 1.570,800 rs. el primero, y 1.398,200 el segundo.

—Se han establecido en el Instituto de Valladolid varias enseñanzas de aplicación al comercio.

—Han sido reclamados por el ministerio de la Gobernación al de Fomento todos los expedientes relativos á construcciones y proyectos sobre conducción de aguas.

—En Málaga han empezado á llegar harinas, pero los precios no descienden.

—Por el ministerio de Fomento se han mandado amortizar cuatro mil quinientas acciones del canal de Isabel II.

—A más de dos millones efectivos ha ascendido el producto de la aduana de Alicante en el mes de octubre próximo pasado, sin tener en cuenta el resultado de los ingresos por material de ferro-carriles.

—Desde el primer semestre del corriente año

se han abierto al servicio público 219 kilómetros de ferro-carriles. Con los 103 de Sevilla á Jerez próximos á concluirse en su totalidad, y los 49 de Almansa á Mogenta, ya concluidos, y cuya explotación comenzará de un día á otro, compondrán un total de 372 kilómetros abiertos en el año actual.

—Se ha dado principio en Lérica á las obras para la estación del ferro-carril.

JUAN DEL CORREO.

CRÍTICA TEATRAL.

TEATRO DEL PRÍNCIPE.—LOS MOROS DEL RIFF, propósito dramático en tres actos y en verso, original de D. Carlos Peñarubia.—EN CEUTA Y EN MARRUECOS, disparate cómico-lírico en un acto, de D. Juan de la Puerta Vizcaino.—

TEATRO DE NOVEDADES.—¡ESPAÑOLES, Á MARRUECOS!—Comedia en tres actos y en prosa.—EL PELAYO, despedida del Sr. Revilla.—

TEATRO DE LA ZARZUELA.—LOS CAZADORES EN AFRICA, juguete cómico-lírico en un acto.—

TEATRO REAL.—LOS HUGONOTES.—TEATRO DE LOPE DE VEGA.—TEATRO DEL CIRCO.

La semana que acaba de pasar ha sido tan fecunda en producciones patrióticas, como estéril para la buena literatura; preciso es, sin embargo, que la crítica, deponiendo esta vez su ceño severo y adusto, haga abstracción de su misión ingrata, en gracia siquiera al santo y noble objeto que ha guiado á las empresas de teatros al presentar en escena ese aluvión de composiciones, las cuales, aunque faltas de todas las reglas y condiciones de la buena comedia, respiran patriotismo y escitan en las masas el mayor entusiasmo.—Por lo mismo, hubiéramos deseado que los críticos, á semejanza de las diversas fracciones de los partidos en que se divide la gran familia española, se hubiesen en esta ocasión sacrificado en aras de la causa común emudeciendo ante ese dulce sentimiento de fraternidad y de concordia que anima á todos los españoles cuando se trata de llevar á cabo una heroica empresa.

Así, pues, no serémos nosotros los que acometan la poco envidiable tarea de señalar defectos á unas obras que si nada útil enseñan, contribuyen no poco á mantener vivo el fuego pátrio en todas las clases de la sociedad, además de que eso nos parece poco noble y generoso.

El teatro del Príncipe ha sido el primero que ha tomado en la ocasión presente la noble iniciativa de dar una función patriótica, cuyos productos han sido destinados por su empresa con generoso desprendimiento á los gastos de la guerra. El público, que no podía menos de responder á este llamamiento, invadió en la indicada noche todas las localidades: representóse el propósito en tres actos y en verso de D. Carlos Peñarubia, titulado *Los Moros del Riff*, y el juguete lírico en un acto, *En Ceuta y en Marruecos*.—Dicho se está que en estas composiciones, en las que domina el espíritu pátrio, sale siempre vencido el enemigo; el propósito *Los Moros del Riff* está muy bien versificado, y el 2.º acto sobre todo no es de lo peor que hemos visto: todos los actores que en

él tomaron parte se esmeraron en contribuir á su buen éxito, habiendo sido llamado el autor al proscenio á la conclusión en unión con los actores.—También fué muy aplaudida la Concha Ruiz en el juguete lírico *En Ceuta y en Marruecos*, que, sin otras pretensiones que la de llenar el hueco, fué escrito en muy pocas horas, según se nos ha dicho. El teatro estuvo completamente lleno, y la empresa salió con verdadero lucimiento de su patriótico compromiso.

El teatro de Novedades ha ofrecido también al público el propósito en tres actos y en prosa, debido á la pluma de tres jóvenes estudiantes, y titulado *¡Españoles, á Marruecos!* La fábula de esta composición es en extremo sencilla, y á través de la mucha inesperienza que en ella se nota, resultado de los que por primera vez escriben para el teatro, hay algunos cuadros, como el 1.º y 2.º, que están presentados con mucha naturalidad, y escritos con bastante corrección. El público aplaudió con furor, haciendo repetir el final de uno de los cuadros, que representa un ataque de nuestras tropas á los rifeños, y en el cual salen estos vencidos.

En este mismo teatro había dado días anteriores una función patriótica el conocido actor señor Revilla, quien, con una abnegación poco común, ha abandonado su carrera teatral por ir á combatir contra el moro. Púsose en escena el drama eminentemente español de nuestro inmortal Quintana, titulado *Pelayo*, y en los intermedios se leyeron composiciones poéticas, que fueron muy aplaudidas. Una de las que más agradaron fué la siguiente, que en forma de epístola dirige el conocido poeta Sr. Serra al Sr. Revilla, y que insertamos con sumo gusto por las muchas sales de que esta salpicada. Dice así:

Quando algun moro altanero

procure hacerte un cariño

alzando el alfange fiero,

Pepe, no te hagas el niño

y pégale tú primero.

Como en varias ocasiones

conquistarás con tus bríos

despojos de esos Libones,

remíteme unos calzones

por si están malos los míos.

Si alguna mora bonita

con sus ojos te enamora,

coge tú otra mora, y grita

que la mancha de la mora

con otra verde se quita.

A las moras cuya traza

no valga un grano de anís,

dí que aborreces la raza;

que en tu cristiano país

se vende á cuarto la taza.

Las hembras, engañadoras

han sido siempre y tiranas,

y envenenan nuestras horas;

y si esto hacen las cristianas,

juzga lo que harán las moras!

Viendo á un moro, duro en él;

llega pronto á capitán

y trae á tu amigo fiel

de Tánger un alquicel

y un mono de Tetuan.

Y no receles que allí
la lanza de un marroquí
el pecho te parta en dos;
¡que quedan rogando á Dios,
tus pobres hijos por tí!

El público salió contento y satisfecho de la función, y el beneficiado saldrá dentro de pocos días para la guerra de Africa.

El coliseo de la calle de Jovellanos no ha querido permanecer rehacio en esta ocasion, y ha ofrecido á sus constantes abonados el juguete cómico-lirico en un acto, *Los cazadores en Africa*. Esta zarzuelita, sin otras pretensiones que la de haber sido escrita para llenar una necesidad teatral, fué aplaudida y muy bien desempeñada por la señora Mora, que hacia una mora muy bella, y por los Sres. Obregon, Calvet, Caltañazor y Salas.

En el Régio coliseo se ha puesto en escena la magnífica partitura de Meyerbeer, *Los Hugonotes*, que ha sido la verdadera solemnidad teatral de la semana. El público, ansioso de oír esta brillante partitura, acudió en la noche del jueves anterior, invadiendo todas las localidades. La concurrencia, pues, no podia ser mas numerosa y escogida, viéndose en el palco de S. M. la Reina á los duques de Montpensier, y al príncipe de Baviera.

¿Quién no ha leído en la lindísima novela de Alejandro Dumas, titulada *La Reina Margot*, ese sangriento y terrible episodio histórico de la famosa *Saint Barthelemy*, en la que murieron millares de personas, quedando solo delante de la fachada del Louvre mas de trescientos cadáveres? De esta página sangrienta de la historia de Francia, ha sacado el célebre Scribe el libreto de la ópera *Los Hugonotes*, y lo ha enriquecido con sus poderosas armonías el genio privilegiado de Meyerbeer.

En la ejecucion de esta notable partitura se esmeraron todos los que en ella tomaron parte.

La señora Grissi, que por segunda vez se presentaba ante el público, deseaba, ante todo, reconciliarse con él, confiando para esto en su proverbial galantería. No salieron fallidas sus esperanzas. El numeroso público la oyó al principio en el mayor silencio; pero cuando en el acto tercero la oyó cantar de un modo admirable el difícil duo que tiene con Marcelo, la aplaudió con tanto entusiasmo como justicia, haciéndola salir á la escena.

Mario cantó como nunca, y en algunos momentos estuvo hasta sublime. Los demás cantantes, si bien no estuvieron á la altura de estas dos eminencias, hicieron todo lo posible por su parte para ayudar al conjunto. Los coros, compuestos de 32 mujeres y 48 hombres, se portaron como no es costumbre en este teatro, es decir, que estuvieron muy bien; en cambio la orquesta no pudo estar peor.

En el teatro de Lope de Vega, tambien se ha verificado una función patriótica, cuyo producto ha destinado la empresa á los gastos de la guerra de Africa, poniendo en escena el *Sullivan*. Inútil es decir que el Sr. Romea ha desempeñado esta vez el papel de protagonista del mismo modo que siempre, admirablemente.

En el teatro del Circo han continuado las representaciones de *La Campana de la Almudaina*.

en la que tanto se distinguen la eminente Teodora y el Sr. Valero.

Esperemos que la semana próxima habrán entrado los teatros en su estado normal, una vez cumplido el noble y sagrado objeto que impulsó á las empresas á contribuir por su parte á los gastos de la guerra con Africa.

M. GARCÍA GONZALEZ.

BIBLIOGRAFÍA ESPAÑOLA.

El Siglo XIX en el patíbulo, ó sea reflexiones geológico-jurídico-filosófico-morales acerca de la pena de muerte, escritas para quien la defiende, por el MADRILEÑO. Un folleto en 4.º Madrid, 1859.

Esta notable producción, suscrita por D. Carlos Dominguez, nos hace formar alta idea, prescindiendo de que nos sea simpática, del autor. Como no nos hemos propuesto desde su principio hablar del fondo de las obras, si que solo decir algo de lo que en las mismas pueda ofrecerse de mas aparente y observable, tampoco en la presente trataremos de presentar una crítica, propia de tan delicadísima y trascendental materia. Lo que digamos será tan solo transcripción, y esta breve, de algunas impresiones que espontáneamente ha suscitado su lectura en nuestra mente. La historia, otras instituciones humanas, el decoro del hombre, nuestra misma naturaleza mortal, están para el libelista en abierta oposición contra la bárbara é incivil pena del último suplicio. Si el hombre que mata á su hermano es justificable, ¿cómo se comprende, aparte de un atentado social, que deben condenar venideros y mas ilustrados siglos, que esa misma justicia, que condena la matanza, se erija en órgano de encono y destrucción? Esto dice la razón. Si de ella pasamos á la historia, observamos que los periodos sociales en que domina la carnicería y el asesinato *leyal*, han sido los mas atrasados, bajo todos los demás aspectos, en la cultura, en el progreso social de las ideas, de las instituciones, de las artes mas nobles y de las ciencias. Tampoco la religion ha prestado su soberana anuencia á práctica tan escandalosa, si hemos de oír las evangélicas palabras del Redentor del mundo, que perdonaba á sus propios enemigos y proscribía todo género de sanguinario holocausto. Si se interroga, por último, al jurisconsulto, contestará, si habla de buena fé, que la pena de muerte no es divisible; la indiferencia, diganlos mejor, la complacencia, con que acude el público á presenciar las ejecuciones, nos dice que no es ejemplar; la repeticion de crímenes, que la merecen al tenor de los códigos, cuantas mas ejecuciones tienen lugar, nos enseña que no es correctiva. Todo, en suma, concurre á creer que semejante pena, vestigio, como bastardo engendro, á manera de abortivo retoño de las edades bárbara y salvaje, y pena que no reúne los caracteres naturales de toda pena, es impropia de los tiempos que alcanzamos, y lo será aun mas de los venideros, habiendo sido en los pasados solo un hecho de fuerza. Esta nos parece sea, aunque fragmentariamente expuesta, la mente del autor. Nosotros, aunque abundemos en sus ideas, no podemos ser negados al decir que, cualquiera que

sea su valor, el contenido se halla expuesto en términos elegantes, elocuentes y llenos de convicción; que el trabajo es á la par poético, histórico y filosófico, y que á pesar de versar sobre asunto extraordinariamente debatido y por hábiles plumas, encierra notable novedad en el plan, y gran número de los pormenores, que tanto le embellecen y hacen recomendable á los seres humanos y sensibles.

FRANCISCO DE BORJA GAYOSO.

BIBLIOGRAFÍA ESTRANJERA.

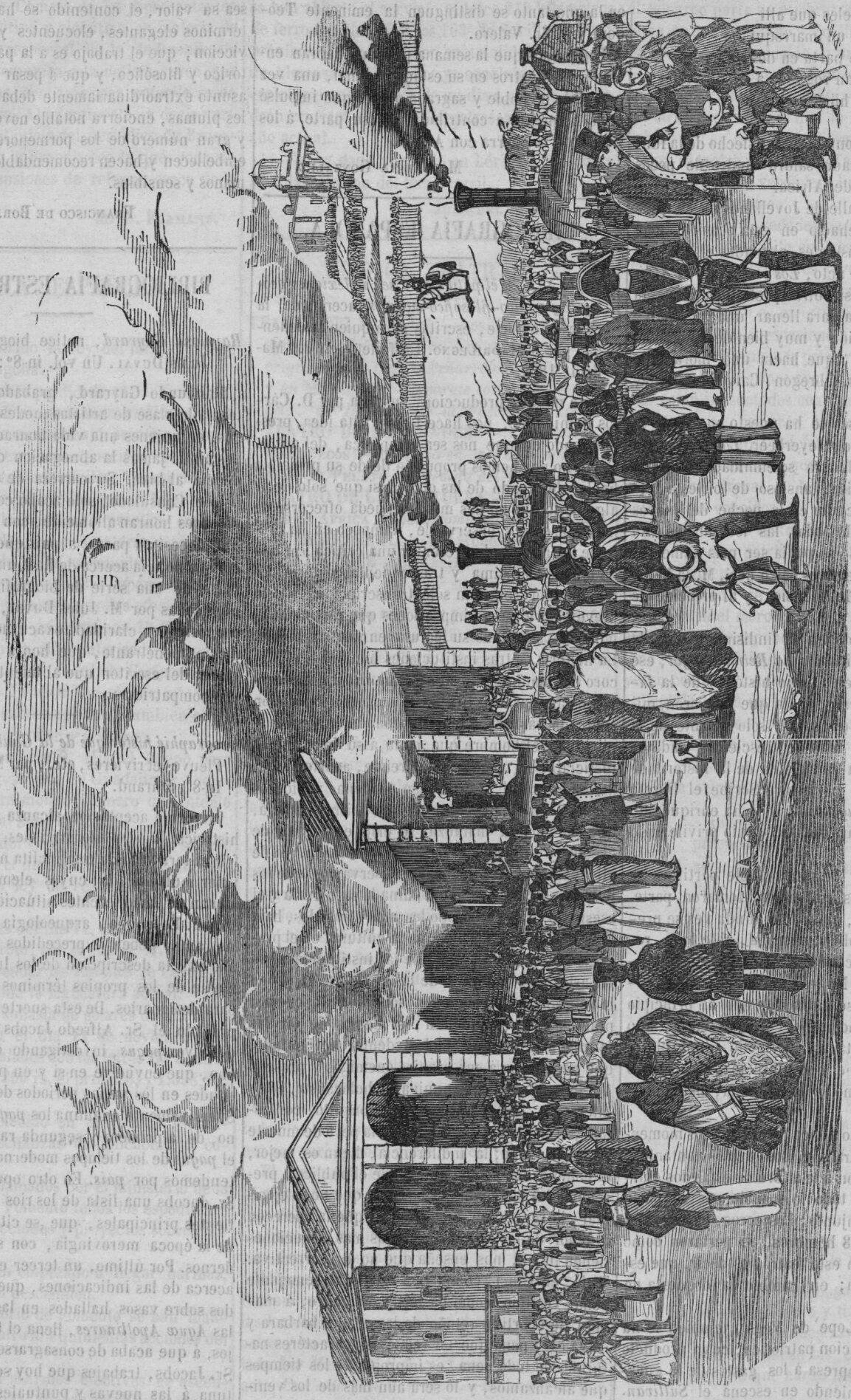
Raymond Gayrard, notice biographique, par M. Jules DUVAL. Un vol. in-8º; Hennuyer.

Raimundo Gayrard, grabador y estatuero, toca á la clase de artistas modestos y concienzudos, en quienes una vida honrada y dilatada no desmintió jamás la abnegacion del arte y la tendencia al bien. Su carrera de artista, iniciada bajo el Consulado, solo acabó con su vida. Tales hombres honran altamente, con las pruebas porque necesitan pasar, al país que los ha visto nacer. La noticia acerca de Raimundo Gayrard hace parte de una serie de biografías del Aveyron, publicadas por M. Jules Duval, quien realiza su propósito con claridad, exactitud, y á veces una dicción penetrante, que honra no menos al carácter del escritor que al talento y recuerdos de sus compatriotas.

Geographié historique de la Gaule.—Le Pagus.—Fleuves et rivières, etc., par M. Alfred JACOBS. In-8º; Durand.

Merecida aceptación alcanza hoy la geografía histórica. Las transformaciones, que hubo de sufrir el territorio de una inclita nación, tienen un valor multiplicado, cuyos elementos varios dimanar de las diferentes situaciones de la civilización. Economía, arqueología, movimiento de las razas, deben ir precedidos naturalmente por una exacta descripción de los lugares, y mayormente de los propios términos antes empleados para designarlos. De esta suerte es como ha comprobado el Sr. Alfredo Jacobs el sentido propio de la voz *pagus*, investigando el origen del hecho, que envuelve en sí y en pos de él sus vicisitudes en los varios periodos de nuestra historia. Sucesivamente examina los *pagi*, céltico, romano, de la primera y segunda raza, y por último, el *pagus* de los tiempos modernos, sea lo que entendemos por *pais*. En otro opúsculo presenta el Sr. Jacobs una lista de los rios y arroyos, y vertientes principales, que se citan por los textos de la época merovingia, con sus nombres modernos. Por último, un tercer estudio, que versa acerca de las indicaciones, que se hallan grabados sobre vasos hallados en las excavaciones de las *Aquæ Apollinares*, llena el total de los trabajos, á que acaba de consagrarse recientemente el Sr. Jacobs, trabajos que hoy se agregan por fortuna á las nuevas y puntuales investigaciones, que nos ha dado ya acerca de la geografía histórica de las Galias.

Por todo lo no firmado, Carlos Bailly-Baillière,
—editor responsable y propietario.—



EMBARCADERO DEL FERRO-CARRIL DEL MEDITERRANEO EN MADRID.

SUMARIO. Ocho dias en el Castillo, por Federico Soulié, pág. 769.—La Hija de Antonio Perez, por D. Pedro Escamilla, pág. 774.—Historia ilustrada de la Guerra de Africa, pág. 776.—De la Guerra en Africa, por el general Yusuf, pág. 778.—Seccion religiosa, pág. 779.—Seccion científica, pag. 780.—Crónica extranjera, pág. 781.—Crónica española, pág. 782.—Crítica teatral, pág. 782.—Bibliografía española, pág. 783.—Bibliografía extranjera, pág. 783.

CHAMBERI DE MADRID : 4859.—Imp. de Bailly-Bailliere.